7650

FEDERICO DE PALOMERA

LA NIÑA DEL ORGANILLO

MELODRAMA

en ocho actos y once cuadros

inspirado en una novela francesa y escrito en prosa

SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
PROPIEDAD
MADRID

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Núñez de Balboa, 12

1905

8

A Pablo Chavet, un
vide-Gousset de ¡olé!
Su afmo
El autor

25-7-906.

LA NIÑA DEL ORGANILLO

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

LA NIÑA DEL ORGANILLO

MELODRAMA

en ocho actos y once cuadros

inspirado en una novela francesa y escrito en prosa

POR

FEDERICO DE PALOMERA

Estrenado en el TEATRO DE PRICE el 26 de Septiembre de 1905

Dirección artística: FRANCISCO TRESSOLS

MADRID

R. VELASCO IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA 11 DUP.°

Teléfono número 551

1905

A LA MEMORIA DE LA MALOGRADA PRIMERA ACTRIZ

Doña Concepción Ferrer

A sus ruegos escribí esta obra y era su ilusión representarla en Madrid, sobre todo, después del inmenso éxito que personalmente conquistó en Granada en el papel de Mamá Verónica.

Próximo ya á realizarse su deseo, á consolidar en Madrid la justa fama que adquirió en el teatro catalán, donde tan gratos recuerdos dejó, la muerte truncó todos sus proyectos é ilusiones, arrebatándola repentinamente á la gloria que la esperaba.

Que mucho, ya que no pudo ver realizado su afán y escuchar en Price los aplausos, que dedicar á su memoria este trabajo,

El Autor.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
VERÓNICA DUPONT	Sra. Echevarría (A.)
MARTA	Niña Ruiz (E.)
LA CONDESA DE NAYLE..	Sra. Solís (C.)
MARÍA	Srta. Velázquez (D.)
SEÑORA AUBIN	Lara (E.)
SEÑORA PIERRET.....	Sra. Boisgontier (Felisa).
ROSA.....	G. Boisgontier (F.)
CATALINA.....	Srta. García (J.)
EVA MARIANI.....	Geijóo (C.)
SOR TERESA	Zamora.
UNA MUJER.....	Rodríguez.
UNA HERMANA DE LA CARIDAD (no habla).....	N. N.
MAGLOIRE.....	Sr. Tressols.
DOCTOR O'BRIEN.....	Berrio (José).
GRIVOT (CLAUDIO).....	Más (C.)
ROBERTO VERNIERE.....	Bassó (F.)
ENRIQUE SAVANNE.....	Soto (M.)
DANIEL SAVANNE.....	Llopis (M.)
RICARDO VERNIERE.....	Castells (D.)
GABRIEL SAVANNE.....	Llopis.
VIDE-GOUSSET.....	Chaves (P.)
CARLOS.	Coggiola (J.)
FELIPE DE NAYLE.....	Cejuela (F.)
SIMÓN.....	Velázquez (L.)
PRIEUR	Puga (R.)
EL DOCTOR COLLÍN	Castells.

GUILLERMO SCHULTZ...	Sr.	Soto.
JUAN, sereno.....		Cazorla.
HERMANN.....		Cejuela.
ERNESTO.....		Puga.
JEFE DE COCINA		Cazorla.
OBRERO 1.º.....		Puga.
IDEM 2.º.....		Romero.
UN PRACTICANTE.....		Martínez.
UN BOMBERO		Gómez.
UN HOMBRE		García.
UN ESCRIBIENTE (no habla)		N. N.

Voces 1.ª, 2.ª, 3.ª y 4.ª. Obreras, convidados, transeuntes, bomberos y gendarmes

La acción en Francia en nuestros días

Derecha é izquierda, las del actor

672720

TÍTULOS DE LOS CUADROS

Cuadro 1.º—El restaurant de la señora Aubin.
» 2.º—El perdón de una falta.
» 3.º—Los espías.
» 4.º—Robo é incendio.
» 5.º—La capilla ardiente.
» 6.º—El hospital.
» 7.º—¡Vivan los obreros!
» 8.º—La sonámbula.
» 9.º—¡Pobre ciega!
» 10.º—El Sena.
» 11.º—El verdugo de sí mismo.

ACTO PRIMERO

CUADRO PRIMERO

Comedor de un restaurant. En el fondo, á derecha é izquierda, puertas de cristales, abriendo sobre el muelle y dejando ver el Sena. Entre las dos puertas un mostrador con estantes, sosteniendo botellas de licores de varias marcas, loza, cristalería y una pequeña pizarra. A la derecha, en primer término, la puerta de un gabinete particular; ventana en segundo y otra puerta en tercero, por la que se ve el comienzo de una escalera que conduce á las habitaciones del primer piso. En el último término de la izquierda la entrada á la cocina, con media puerta practicable; en la otra, ventanilla con celosía movible. En la primera caja del mismo lado otra puerta grande. Entre dicha puerta y la de la cocina un calorífero. En las paredes muchos anuncios de bebidas, licores, aperitivos, etc., etc. Mesas, sillas y bancos, un perchero.

ESCENA PRIMERA

MARÍA, ROSA, CATALINA; á poco JEFE DE COCINA; más tarde CLAUDIO. UN HOMBRE. Al levantarse el telón María está en el mostrador llenando medias botellas de vino. Rosa pelando unos pavos en una mesa de la izquierda. Catalina limpiando platos, vasos y cubiertos en las de la derecha

MARÍA ¡Vamos, muchachas, fuera pereza! Es preciso vea el ama que en su ausencia también sabemos trabajar.

CAT. Tenemos tiempo de sobra.

MARÍA No tanto. Ya sabes que al dar las doce en la fábrica de Saint-Ouen viene nuestra clientela, y no es justo hacerla esperar. Anda, Rosa, echa más carbón á esa estufa, no sea que se apague.

ROSA No puedo entretenerme; estoy pelando los pavos.

MARÍA Pues tú, Catalina.

CAT. Yo tengo que cortar el pan para la sopa.

MARÍA Bueno; pues lo haces después, y que no se te olvide también hoy llenar los botes de mostaza. (Catalina echa el carbón.)

JEFE (Por la ventana.) ¿Pero vienen esos pavos ó estás pasando el tiempo?

ROSA Ya he terminado. Tome usted. (Se los da.)

JEFE Pronto. ¡Julián! ¡Al horno en seguida! (Una mujer entra por el foro llevando una botella, y se acerca al mostrador.)

MUJER Un litro de vino.

MARÍA ¿Tinto? Espere usted un poco. Voy á la bodega. (Vase por la izquierda llevando una medida para el vino. Claudio entra apresuradamente foro izquierda.)

CLAU. ¡Rosa! ¡Mi almuerzo; pronto!

ROSA ¿Tanta prisa, señor Grivot? No son todavía las diez y media.

CLAU. Es que tengo precisión de salir inmediatamente para Saint-Denis á inspeccionar los trabajos.

ROSA En ese caso... (Al Jefe de cocina.) ¿Puede ya servirse un almuerzo?

JEFE Antes de diez minutos.

CLAU. Sírveme mientras tanto un vermouth.

MARÍA (Por la izquierda; al ver á Claudio.) ¡Ah! Señor Claudio... me alegro verle... El cartero ha dejado una carta para usted.

CLAU. ¿Una carta para mí?

MARÍA (Tomándola del mostrador.) Creo que es esta.

CLAU. Muchas gracias. (Aparte.) (De Berlín. Letra de Roberto.)

ROSA (Sirviéndole el vermouth en la mesa de la derecha.) Queda usted servido. ¿Desea algo más?

CLAU. Nada, preciosa. (María sirvió á la mujer que vase por el foro. Entran varios hombres y mujeres. Unos

piden bebidas y otros almuerzo. Claudio se sienta, abre la carta, arruga el sobre, que deja caer debajo de la mesa, y lee á media voz.) Querido Claudio. Celebro, que según me has escrito, todo esté ya arreglado. Pero antes es preciso intentar la última prueba con mi hermano, y si no me atiende, entonces no retrocederé ante ningún obstáculo. Salgo para París, donde me hospedaré en el Hotel Moderno, bajo el nombre de Fritz Leyman. Procúrate las señas del Doctor O'Brien. Siempre tuyo, Roberto.» (Guárdase la carta en el bolsillo. Déjase oir á lo lejos el ruido de un organillo.)

MARÍA ¿Oís? Ya viene Magloire.

ROSA Tu enamorado.

MARÍA ¡Peor, lo podría escoger una envidiosa!

CLAU. (Aparte.) (No me lo explico. ¿Querer ver á su hermano? ¡Estará loco!... ¿Qué mejor medio al que yo he venido preparando en los dos años que soy contramaestre de la fábrica? ¿Podrá haber otro más positivo? (Bebe y pensativo.) «¿Que me procure las señas del Doctor O'Brien?... ¡Es un enigma!... ¿Pero qué falta puede hacerle ese hipnotizador?)

ESCENA II

DICHOS y MAGLOIRE por el foro. Magloire es manco del brazo derecho. En el pecho lleva una medalla militar. Al entrar deja el organillo en un rincón del foro

MAG. Buenos días.

ROSA / MARÍA } Buenos días, Magloire.

MAG. ¡Hola, pimpollos!

MARÍA Oye, ¿tienes miedo de que se constipe el organillo, que también lo metes en el comedor?

MAG. ¡Picarilla! ¿Tú no sabes que el frío puede hacer saltar las cuerdas?... ¡Ay, remonona! ¿Cuándo querrá el cielo que seas mi mujer?

MARÍA Pídeselo á Dios, á ver si te lo concede.

MAG. ¡Si por eso fuera!

MARÍA Vaya, menos conversación. ¿Vienes á almorzar?

MAG. Naturalmente.

MARÍA Pues hoy tienes tu plato predilecto.

MAG. (Contento.) ¿Salchichas con coles?

MARÍA Y arroz á la marinera.

MAG. ¡Bravo! Voy á darme un banquete. No vendrá mal, después de tres horas que llevo dándole al manubrio, sufriendo á la intemperie los doce grados bajo cero del día de hoy.

MARÍA ¡Como que se te habrá helado la mano derecha!

MAG. María, no gastes bromas con mi desgracia. Mi mano derecha se quedó en la batalla del Tonkin. ¡Ah! Si no me hubiera ocurrido esto, podría haber seguido trabajando en mi oficio; pero inútil para todo ya, ¿qué iba á hacer? Mi cruz roja no daba ni para tabaco. Era, pues, preciso dedicarse á algo; y como siempre he sido aficionado á la música... (Rosa coloca una ensalada en la mesa de Magloire. Este la coge por el talle y la abraza con disimulo. Rosa le da en la mano con la cuchara.) ¡Ah!

MARÍA ¿Eh? ¿qué es eso?

MAG. No... nada... que con la música... uno va viviendo y gracias á mi organillo cubro mis necesidades, y atiendo también á mi anciana madre, sin dejar por eso de hacer algunos ahorrillos para cuando tú quieras llamarte la señora de Magloire. (Claudio llama. Rosa va á él, la habla en voz baja y sé va por la puerta derecha.)

MARÍA No me corre prisa.

MAG. Pues á mí sí.

MARÍA Aseguran que tienes mal genio.

MAG. ¿Quién? ¿yo? ¡Un hombre que toca constantemente el organillo quieres que tenga mal genio? ¿O es que no sabes que la música endulza los caracteres? ¡Si yo siempre estoy dispuesto á la alegría!.. ¿Quieres que ahora mismo armemos un baile? Verás el nuevo vals que traigo. (Dirigiéndose al organillo.)

MARÍA ¡No, no, Magloire; tenemos en casa una pobre mujer que esta agonizando! (Deteniéndole.)

MAG. ¿Quién? ¿Germana? ¿La nueva obrera de la fábrica?

MARÍA Sí. Hace poco vino su hija Marta en busca del ama. La moribunda quería verla antes de entregar su alma á Dios. ¡Pobre mujer!... ¡Pobre niña!

MAG. ¿Qué será de ella si su madre muere?

ROSA (Saliendo de la derecha.) Cuando usted guste, don Claudio. (Vase Claudio por la derecha.)

MAG. ¡Hola! Date tono. El señor contramaestre necesita almorzar en un gabinete reservado. Pero, Rosa, ¿y lo mío?

ROSA (Con un plato.) Aquí está.

MAG. El pan y el vino, mujer.

ROSA En seguida. (Le sirve lo pedido. Van y vienen clientes al mostrador donde está Catalina)

ESCENA III

DICHOS: ENRIQUE por el foro derecha. Después O'BRIEN por el mismo lado

MARÍA (Viendo á Enrique.) ¡Señor Savanne! Tanto bueno por esta casa. ¡Cuánto tiempo sin verle!

ENR. En efecto. Y hoy es debido á una casualidad porque he venido á Saint Ouen con intención de almorzar con el señor Verniere, pero la portera de la fábrica,—mamá Verónica, como la llamais—me ha dicho que estaba en París... En vista de ello, he pensado que aquí podré encontrar lo que no puedo obtener en la fábrica del ingeniero mecánico.

MARÍA Y con mucho gusto por nuestra parte... ¿Quiere usted que le sirva en ese gabinete?

ENR. No. Prefiero en una de estas mesas. Aquí con todos. (O'Brien, disfrazado de trabajador y cubierta la cabeza con un casquete ruso, echa una mirada en derredor y siéntase en la mesa del primer término derecha.)

MARÍA ¿Quiere usted quitarse el abrigo? (Enrique se quita el abrigo y el sombrero y se los da á María, que los cuelga en una percha.)

ROSA (A O'Brien.) ¿Qué desea usted? ¿Un almuerzo?

O'BRIEN ¡Oh! ¡Yes!

ROSA (Aparte, imitándole.) ¡Oh! ¡Yes! Este es un extranjero que viene en busca de trabajo.

ENR. (A Magloire, pidiendole permiso.) Si usted me permite...

MAG. Con mucho gusto, caballero. (Enrique se sienta en la mesa donde está Magloire.)

ROSA (A O'Brien.) ¿Si usted gusta elegir por la lista?

O'BRIEN ¡Oh! ¡Yes! ¡Very well!

MARÍA ¿Y qué noticias tiene usted de su señor padre?

ENR. Nada sé desde hace dos meses.

MARÍA ¿Sigue aún navegando?

ENR. Trece años lleva de un punto para otro, sin poder venir á verme.

MARÍA Es muy triste la vida del marino.

ENR. A mi padre le encanta.

MARÍA Pero tanto tiempo sin ver á la familia... Usted soñará con el día de poder abrazarle.

ENR. Desde luego. ¡Ojalá tenga pronto esa dicha!

MARÍA ¡Bah! Dejemos á un lado los recuerdos... ¿Qué quiere usted tomar?

MAG. ¡La marinera está superior!

ENR. Pues trae una marinera, una chuleta, queso, y una botella de vino blanco.

MARÍA Volando. (Rosa en la ventanilla encargando lo que pidió O'Brien.)

ROSA Una ración de buey mechado.

MARÍA (Á la ventanilla.) Marinera para uno. (Al mostrador.) Una botella del blanco. (Las criadas van y vienen sirviendo. O'Brien saca un «carnet» y lee.)

O'BRIEN «Roberto Verniere huyó de Berlín con dirección á París el día veintitrés, bajo el nombre de Fritz Leyman. Vigilar la fábrica de su hermano en Saint Ouen.»—Por lo visto temen que Roberto descubra á su hermano el secreto de la traición. ¡Imbéciles! No supieron conservar al más astuto de sus agentes. ¿Cómo querrán que yo adivine

ahora lo que pasa en el despacho del señor Verniere? ¿Y qué objeto podrá traer á Roberto? (Rosa sirve á O'Brien.)

JEFE — La marinera. (Óyense las campanas de la fábrica.)

MARÍA — ¡Las doce! (María sirve la marinera á Enrique. O'Brien, que deja caer el cuchillo en el suelo, al cogerlo fíjase en el sobre que dejó Claudio. Lo recoge y mira con disimulo.)

O'BRIEN — (Aparte.)(Un sello de Berlín. «Señor don Claudio Grivot...» ¡Grivot!... Sí, no hay duda; es el mecánico amigo de Roberto que yo conocí en Alemania.) (Se guarda el sobre y queda pensativo.)

ESCENA IV

DICHOS, SIMÓN, SEÑORA PIERRET, OBRERAS, OBREROS; luego VIDE-GOUSSET y CARLOS; después CLAUDIO. Los trabajadores que vienen por el foro se colocan en las mesas. Mucha animación

OBRERO — Buenos días.

OTRO — ¡Que aproveche!

SIM. — Salud á todos.

ROSA — Buenos días, tío Simón.

SIM. — ¡Vaya un olorcillo confortable! ¡Esto da vida!

MARÍA — Catalina, media botella del blanco para la señora Pierret. (Vide-Gousset y Carlos por el foro; aquél tapándose el ojo derecho con un pañuelo y quejándose.)

VID. — ¡Ay! ¡ay! No puedo más. ¡Esto es horrible!

CARLOS — Pero no te des esos restregones; te lo vas á poner como un tomate.

VID. — ¡Déjame en paz!

MARÍA — ¿Qué le pasa á usted, Vide-Gousset?

VID. — ¡Ay! ¡ay! ¡ay!

CARLOS — Pues nada.

VID. — ¿Cómo nada?

CARLOS — Hombre, quiero decir nada grave. Lo que á él le pasa puede ocurrirle á cualquiera.

VID. — Pues podía ser á tí.

CARLOS — Es que yo soy más precavido y no limpio el tornillo, soplándolo.

MARÍA — Claro. Le ha entrado polvo en el ojo.

CARLOS ¡Quiá! Limaduras de acero.

MARÍA Eso es peor.

VID. Agua, María. Haz el favor de agua fresca.

ENR. (Mirándole.) A ver, á ver. ¿Qué es eso?

VID. ¿Qué va usted á hacer?

ENR. Permítame usted.

CARLOS Deja que el señor se entere.

ENR. Verá usted cómo se queda tranquilo en un momento. Siéntese aquí. (Coloca una silla en el centro de la escena; siéntase Vida-Gousset. Enrique saca un estuche de operador, y de él unas pinzas. Todos miran al grupo.)

CARLOS ¿Le irá á cortar la cabeza?

VID. ¿Va usted á hacerme daño?

ENR. Tranquilícese usted.

CARLOS Es claro; tú calla y deja hacer.

ENR. ¡Quieto! No se mueva. ¡Ya está!

VID. ¡Admirable! ¡Maravilloso!

CARLOS ¡Extraordinario!

ENR. ¿No duele, eh?

VID. ¡Nada! Absolutamente nada. ¿Es usted brujo, caballero?

ENR. No, amigo mío. La brujería hace mucho tiempo que no existe, y lo que á usted le admira es lo más sencillo del mundo. Tenía usted en el ojo pequeñas partículas de acero, las he extraído, y nada más.

VID. ¿Luego es usted médico?

ENR. Todavía no. Practicante en el hospital de San Luis.

VID. No se me olvidará. Me ha librado usted de un martirio horrible. Muchas gracias, caballero.

ENR. No las merece, amigo mío.

CARLOS ¡Bueno! ¡bueno! Yo creo que ya hemos perdido bastante tiempo.

VID. Tienes razón.

CARLOS ¡Y hambre!

VID. ¡Rosa! ¡La lista! (Rosa la da. Vide-Gousset y Carlos se sientan en una mesa. Todos vuelven á ocupar su sitio. Claudio sale del gabinete.)

CLAU. ¡Simón! No olvide al volver al taller que hay que enviar las dos piezas que forjó usted esta mañana.

SIM. Está bien, señor Grivot. (Grivot saluda y vase por la primera derecha.)

O'BRIEN (¡Grivot! Sí, no hay duda. Es el mecánico que conocí en Berlín.)

ESCENA V

DICHOS. VERÓNICA por el foro con un cesto que contiene seis botellas vacías. Luego MAMÁ AUBIN y MARTA por la izquierda primer término

VER. Que aproveche.

VARIOS Gracias, mamá Verónica.

VER. Vengo á renovar mi provisión de vino.

MARÍA Catalina la servirá. (Vase Catalina con el cesto.)

VER. ¡Ah! ¿Don Enrique también aquí? (A Magloire.) Buenos días, Magloire.

MAG. Felices los tenga usted. (Verónica se sienta junto á la estufa.)

SRA. PIER. ¡María!

MARÍA ¿Qué se ofrece, señora Pierret?

SRA. PIER. ¿Dónde está hoy el ama, que no se la ve?

MARÍA Está cuidando á la enferma.

SRA. PIER. ¿Sigue grave?

MARÍA El doctor desconfía de que llegue á esta noche.

SRA. PIER. ¡Pobre mujer! ¡Tanto como ha sufrido por no separarse de su hija! ¡Rodando por el mundo sin amparo de nadie! ¡Ah! Los hombres son unos villanos. Por satisfacer sus caprichos ó sus instintos de fiera, pisotean la honra de una mujer, y luego la abandonan, poniéndola al borde del abismo; porque no todas tienen el valor de rodar por el mundo con su vergonzosa mancha. ¡La horca es poco para esos bandidos! (Murmullos entre los hombres.) ¡Sí, la horca! ¡Y lo dicho, dicho está!

MUJS. Tiene razón.

VER. ¡Sí, es cierto! ¡Son unos infames! (Aparte.) ¡Dios mío, qué recuerdo! (Entran por la izquierda la señora Aubin y Marta llorando. Movimiento general.)

MARÍA (A Aubin.) ¿No hay esperanza?

SRA. AUB ¡Huérfana ya! (Silencio general.)

MART (Llorando.) ¡Mamaíta! ¡Mi querida mamaíta!...

ENR. ¡Pobre niña! (Pausa larga.)

MAG. (A los obreros.) Amigos míos, ¿quereis prestarme un momento de atención?

UNOS ¡Sí! ¡Sí!

OTROS ¡Habla, Magloire!

MAG. Ha muerto la madre de esta pobre criatura. Era una trabajadora como nosotros, y como nosotros formaba parte de esta gran familia del pueblo, capaz de todos los sacrificios. ¡Aquí hay padres y madres que me escuchan!... Compañeros... Esa pobre mujer acaba de morir dejando á una infeliz niña sola en el mundo y sin recursos de ningún género. Mucho ha hecho la bondad de la señora Aubin, pero nosotros debemos ayudarla á que termine su hermosa obra de caridad, y con nuestra ayuda anticiparnos á sus deseos. Los obreros de la fábrica de Saint-Ouen no deben consentir que el cadáver de una hermana sea enterrado en la fosa común, en ese repugnante montón de cadáveres. Unámonos, pues, todos, para comprar una tumba á la pobre obrera. Una tumba y una cruz ante la cual pueda ir á rezar la inocente huérfana pensando: «Los pobres no abondonan á los pobres.»

CARLOS ¡Demonio!... ¡demonio de manco!... ¿Pues no me ha hecho llorar?

MAG. Que cada uno dé lo que pueda. (Magloire se quita la gorra y se la da á Marta.) ¡Pide por tu madre, hija mía!

MARTA (Llorando y temblorosa.) Por mi... que... rida... ma... má... ¡Ah! ¡No puedo! ¡no puedo! (Cae desfallecida en brazos de las mujeres, que la sientan en una silla.)

MARÍA (Cogiendo la gorra.) ¡Magloire! Continúa tú. (Magloire antes de empezar á pedir recibe un billete de veinticinco francos de Enrique.)

MAG. Muchas gracias, caballero. (A los otros.) ¡Para la tumba de una pobre obrera! (Sigue pidiendo á todos mientras Verónica dice aparte:)

VER (¡Dios de bondad! ¿Será posible que haya podido ocurrirle lo mismo á mi desgraciada hija?)

MAG. (A Vide-Goussett.) ¿Y tú no das nada?

VID. Te juro que lo siento; pero me he bebido todos mis ahorros.

MAG. Yo te presto.

VID. Nada de eso. No quiero préstamos, pero á corazón nadie me gana. Aquí tengo un décimo de la lotería trimestral. Guárdale; tú eres un hombre honrado. Pon ahora un franco, y si cae el gordo, que los diez mil francos constituyan la dote de la huerfanita!

UNOS ¡Bravo!

OTROS ¡Muy bien, Vide-Gousset! (Magloire le da la gorra á María y ésta se va al mostrador á contar el dinero.)

CARLOS Y yo quiero que sepáis todo el valor del rasgo de nuestro amigo. Ayer la sonámbula del doctor O'Brien le pronosticó que le caería el premio gordo.

O'BRIEN (¡Mi sonámbula!...) (Aparte.)

MAG. (A María.) ¿Cuánto hay?

MARÍA Ciento veintisiete francos. (Murmullos de aprobación.)

MAG. Gracias camaradas. Con esta suma podremos realizar nuestro deseo. Un pedazo de tierra y una cruz con la siguiente inscripción: «Los obreros de Saint-Ouen á su hermana una pobre obrera».

MARTA (Llorando.) ¡Madre! ¡pobre madre mía!

ENR. (A Magloire.) Deme usted esa mano. ¡Tiene usted un corazón de oro!

MAG. Lo hecho, no es más que un deber de humanidad. Pero hasta ahora solo hemos pensado en la muerta, y es preciso no olvidarse de la niña abandonada.

ROSA Yo creo que buscando influencias, podría ingresar en el Hospicio de...

VER. ¿En un Hospicio?... ¡Oh! ¡no! ¡eso no! ¿Acaso manos mercenarias podrían educar á este ángel con el cuidado y el amor de una mujer que la adoptara? Yo, todos habéis oído mis lamentaciones, tenía una hija que me

robaron. Pues bien, yo me encargaré de esta niña, la rodearé de solicitudes, de ternuras. Ella vendrá á ocupar el vacío que existe en mi corazón, y Dios me permitirá que sepa velar por la huérfana, mejor que por mi propia hija. Mi posición puede admitir este deber que gustosa adquiero ante vosotros.

SRA. AUB. Y si es preciso mi ayuda, desde luego la ofrezco también.

VER. Marta, hija del alma, ¿quieres que yo reemplace á tu madre?

MARTA ¿Usted, señora?

VER. Sí; yo que te querré como si fueras mía.

MARTA ¿Y usted no me impedirá por eso que me acuerde mucho de mi pobrecita mamá?

VER. Al contrario. Te hablaré siempre de ella y las dos iremos juntas á rezar y á poner flores sobre su tumba.

MARTA ¡Oh, señora! ¡Qué el cielo premie su bondad! (Se abrazan.)

SRA. AUB. Entonces, ya solo nos queda el ir á dar parte del fallecimiento. ¿Quién quiere encargarse de ello?

SIM. Nadie mejor que Magloire.

CARLOS, VID. ¡Sí, sí! ¡Magloire!

MAG. Bueno, yo me encargo de eso. Pero necesito los documentos que me habrán de exigir y...

SRA. AUB. Aquí están las partidas de bautismo de madre é hija. ¿Es suficiente?

MAG. Si están en debida forma... (Lee.) «Germana Dionisia Sollier, hija legítima de Pedro Sollier y Verónica Dupont...

VER. ¿Qué ha dicho? ¿Verónica Dupont? Pero, ¿has leído bien? ¿Verónica Dupont dice?

MAG. No cabe duda... Vea usted.

VER. ¡A ver!... (Lee.) «Germana Dionisia Sollier, hija de Pedro Sollier y de Verónica Dupont, nacida en París á diecinueve de Julio de mil ochocientos ochenta... ¡¡Ah!! ¡Si es mi hija! Mi hija que al fin encuentro... ¡Pero muerta!... Luego esta criatura es mi nieta, la hija de mi desdichada Germana. ¿Pero y el padre de Marta?... ¿quién es ese hombre

inhumano que no se halla también entre nosotros? Magloire, ¡dame esa partida... que yo me entere del nombre de quien así olvidó sus deberes!...

MAG. ¡Mamá Verónica!

VER. ¡Pronto, Magloire! ¡pronto! (Lee.) «Marta Sollier, hija de Germana Sollier y de padre desconocido...» Desconocido pone... ¡Ah!... ¡Miserables!... Engañan, deshonran, se burlan de sus víctimas y reniegan de sus hijos, dejándoles morir de hambre!... ¡Germana! ¡Germana de mi vida! ¡Tu pobre madre, á quien tan desgraciada hiciste, te perdona y cumplirá al fin sus últimos deberes! ¡Ven, hija mía! ¡Ven, Marta! ¡Vamos á abrazar á tu madre y á rezar por ella! (Vanse las dos por la puerta izquierda. Cuadro.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

CUADRO SEGUNDO

Interior del despacho del señor Verniere. Puerta al foro. Dos puertas laterales derecha. Izquierda en primer término ventana. En segundo ídem armario con piezas ó aparatos de máquinas. Izquierda, frente á la ventana, tablero de dibujo con dibujos, compases, reglas, etc , etc. Lado derecho, mesa de despacho y caja de caudales entre las dos puertas. En los muros dibujos de máquinas, etc.

ESCENA PRIMERA

CLAUDIO y PRIEUR

CLAU. ¿Me ha llamado usted, señor Prieur?

PRIEUR En efecto; pero no soy yo el que le distrae de sus ocupaciones. Es el señor Verniere quien me ha ordenado hiciera venir á usted, para entregarle la gratificación que dedica á los obreros como fin de año. Tiene usted que distribuir, según sus deseos, tres mil francos. Ahí van, pues, treinta billetes de á cien francos. Puede usted contarlos.

CLAU. No es preciso. Supongo que no se habrá usted equivocado.

PRIEUR Sin embargo, bueno será que usted se entere de que recibe la cantidad fijada.

CLAU. Usted siempre tan escrupuloso. (Cuenta los billetes.)

PRIEUR Yo creo que tratándose de intereses, nadie debe confiarse.

ESCENA II

DICHOS y RICARDO

RIC. Vaya, soy con ustedes, amigos míos. (A Grivot.) ¿Recibió usted la gratificación que ha de repartir hoy?

CLAU. Acaba de entregármela el señor Prieur.

RIC. Corriente. Hágame, pues, el favor de mientras despacho con mi cajero, repasar este dibujo. Estudie bien la escala. Creo que hay un pequeño error. (Claudio coge el dibujo que le da Ricardo y se va á la mesa de dibujos. A Prieur.) Cuando usted guste.

PRIEUR He aquí todos los borradores. Este es el de comprobación general de las cuentas. Vea usted el balance y el saldo á su favor.

RIC. Veamos. ¡Admirable! ¿No se habrá usted equivocado?

PRIEUR ¡Don Ricardo!

RIC. Oh, perdone usted; no es mi ánimo molestarle. Sé lo que usted vale. Pero es un saldo tan extraordinario, que, francamente, no lo esperaba. (Leyendo.) ¡Quinientos mil ciento cuarenta y dos francos!

PRIEUR Cuya suma entregaré á usted esta misma tarde; si bien es demasiado crecida para tener que guardarla en nuestras cajas.

RIC. En efecto. Las operaciones se han terminado hoy á hora muy avanzada, y siendo mañana domingo, treinta y uno, y pasado, día del Señor, no podremos llevar esa cantidad al Crédito Lyonés hasta el martes, dos de Enero.

PRIEUR Es una contrariedad.

RIC. Por fortuna, la caja que construyó el amigo Grivot, (Designándola.) es de las más sólidas.

No creo que por eso tengamos que temer. El martes iré yo á París con los fondos.

CLAU. (Aparte.) (Son dos días de tiempo. La suerte nos favorece.)

RIC. (A Prieur.) ¿Y lo de la Compañía de Seguros, ha podido arreglarse?

PRIEUR Sí, señor. El día dos vendrán á que firme usted las pólizas.

RIC. ¿El día dos? Eso me preocupa más. Mi actual seguro, que no quiero renovar en «La Inglesa», termina mañana, y no ingresando hasta dentro de cuarenta y ocho horas en la nueva Compañía, resulta que, si en ese intervalo de tiempo ocurriera por desgracia algún siniestro, no tendría derecho á indemnización.

PRIEUR Si no manda usted otra cosa, voy á empezar el recuento de los fondos.

RIC. Nada, Prieur, puede usted retirarse. (Prieur vase. Ricardo coge varios papeles y va á la caja á guardarlos.) ¡Qué cabeza la mía! Me he dejado las llaves en mi cuarto. (Va á salir y le detiene Verónica. Vestida de luto.)

ESCENA III

DICHOS y VERÓNICA

VER. Señor Verniere...

RIC. ¿Qué hay, Verónica?

VER. Un caballero, desea con gran insistencia, ser recibido por usted.

RIC. ¿Ha dicho su nombre?

VER. Fritz Leymann.

RIC. No lo conozco.

VER. Dice ser representante de la Casa Darier y Compañía de Génova.

RIC. Bueno, que pase. (Vase Verónica. Llamando.) Grivot. Hágame el favor de que tome asiento ese caballero. Vuelvo en seguida.

ESCENA IV

GRIVOT, luego ROBERTO, después RICARDO

CLAU. Fritz Leymann... Es Roberto. ¡Qué empeño tiene en comprometerme! Se obstina en conseguir un imposible. (Se oye llamar á la puerta derecha, va á abrir y aparece Roberto.)

ROB ¡Grivot!

CLAU. Tu presencia aquí es una locura. Si crees que por las buenas vas á conseguir algo, eres un necio. (Señalando á la caja.) Esta noche guardará esa caja más de quinientos mil francos. Yo tengo una llave. Déjame, pues, á mí... Vete.

ROB. No; quiero dar antes el último paso. Un crimen, siempre es un caso de conciencia.

CLAU. Pero seamos francos. ¿Te has vuelto á última hora persona decente?

ROB. ¡Claudio!

CLAU. Oigo que tu hermano se acerca. Sal... No entres hasta que yo me haya marchado. (Sale Roberto cerrando la puerta.)

RIC. (A Claudio, viendo que se dispone á marchar.) ¿Se va usted?

CLAU. Sí, señor. (Con el dibujo en la mano.) Voy á hacer una consulta sobre el modelo del dibujo.

RIC. Está bien, pero si no nos vemos, no olvide usted que mañana á las once almorzamos juntos.

ESCENA V

RICARDO y luego ROBERTO

RIC. He aquí un hombre honrado con quien puedo contar como conmigo mismo. (Oyese llamar á la puerta.) ¡Adelante! (Ricardo está de espaldas en el momento que entra Roberto, pues está metiendo en la caja los papeles. Al volverse y sorprendido.) ¡Tú en mi casa!

ROB. (Con fingida humildad.) ¡Ricardo!.. ¡hermano mío!

RIC. Yo no soy tu hermano. Sal inmediatamente de esta estancia, donde para entrar te has valido de un nombre falso, ó no respondo de mí.

ROB. ¡Mucho me odias cuando así me tratas!

RIC. ¿Odiarte? ¡Te desprecio!

ROB Por Dios, Ricardo, necesito de tu ayuda.

RIC. En tu boca esa palabra sólo significa dinero.

ROB. (Dejando su actitud humilde y cambiándola por altiva) ¿Y qué?

RIC. ¡Ah! ¿Te atreves todavía? ¿Qué derecho tienes á seguir molestándome? Trabaja como yo. ¡Sé honrado!

ROB. Vengo á eso y ya ves cómo me recibes.

RIC. Porque te conozco. Reflexiona detenidamente sobre tu vida. ¿Qué has hecho desde que murieron nuestros padres? Primero, derrochar entre el vino y las mujeres la importante suma que te correspondió. Luego empezar una existencia de aventurero, negarte a trabajar, y por último comprometer nuestro apellido, deshonrarle vilmente, si no hubiera ido yo con mi dinero á librarte de la cárcel, del presidio, de donde sin duda eres un candidato.

ROB. ¿Terminaste ya?

RIC. No: mal puedo terminar cuando no terminaron aun tus hazañas. Hay más todavía. Más que continuaste realizando después de casado, con la condesa viuda de Nayle. En menos de cuatro años derrochaste el fabuloso capital que ella aportó al matrimonio y hace cosa de diez meses—me horroriza decírtelo—sé que mi hermano Roberto ha vendido al gobierno alemán varios de los secretos de mi fábrica, que no sé cómo te los habrás proporcionado.

ROB. Eso es una calumnia. ¡Falso, completamente falso! ¡Te lo juro por la memoria de nuestra madre!

RIC. ¡Oh! No blasfemes de ese modo. Respeta siquiera su sagrado nombre. Pero acabemos ya. ¿Cuál es el objeto de tu venida?

ROB. Estoy arruinado. El dinero que tiene la condesa pertenece á su hijo Felipe de Nayle. Tú eres mi única salvación.

RIC. Sí; lo mismo me dijiste, cuando confiando en tu arrepentimiento te entregué los veinticinco mil francos. Pero en fin, ¿qué quieres ahora?

ROB. Trabajo.

RIC. ¿En qué forma?

ROB. Un empleo en tu casa.

RIC. ¡Imposible! No tengo plaza vacante, y para tí menos que para otro.

ROB. Entonces..

RIC. Pero no quiero digas que te dejo entregado á la desesperación de tu falta de recursos. (Se dirige á la mesa de despacho.)

ROB. ¿Vas á darme una limosna?

RIC. Voy á darte un porvenir, si es cierto que quieres trabajar. (Cogiendo una carta de la mesa) Una importante fábrica de América me pide un ingeniero mecánico. Dan treinta y seis mil francos al año. ¿Aceptas?

ROB. ¡No!

RIC. ¿No? Entonces puedes marcharte ya. Nada puedo hacer por tí.

ROB. Lo único enviarme al otro lado de los mares.

RIC. ¡Ah, bandido! Lo que tú querías era colocarte en mi fabrica para acabar de robarme los secretos. Traicionar á tu hermano y á tu patria. Desdichado, vete. Vete pronto, no me obligues á que tenga que abofetearte... Sal al momento ó llamo á mis obreros para que te echen á puntapies.

ROB. ¡Nos volveremos á ver! (Sale con aire insolente y amenazador.)

RIC. ¡Qué vergüenza, Dios mío! Y yo que todavía le quiero... que todavía esperaba salvarle. (Llama al timbre y aparece Verónica.)

ESCENA VI

RICARDO, VERÓNICA, después PRIEUR

RIC. ¡Verónica! ¿Ha visto usted al hombre que acaba de salir?

VER. Sí, señor.

RIC. ¿Le reconocería usted si otra vez volviera?

VER. Desde luego. No se me olvida su cara ni la expresión de sus ojos. Recuerdo hasta su nombre. Fritz Leyman.

RIC. Pues bien, quiero que no vuelva á entrar nunca. ¿Lo oye usted? ¡Nunca! Si se empeñase en ello, pedirá usted auxilio á cualquiera de mis obreros para que se cumpla mi orden.

VER. Lo haré como usted manda.

RIC. (Sentándose en su mesa de despacho.) Haga usted el favor de darme una luz. (Verónica enciende una luz que coloca sobre la mesa y corre las cortinas ó persianas de la ventana. Prieur entra por la derecha con un talego de dinero, billetes de Banco y varios papeles.)

PRIEUR Señor Verniere, si usted me lo permite, vengo á entregarle las cuentas.

RIC. No hay inconveniente.

VER. ¿Quiere algo más el señor?

RIC. Nada. Verónica, muchas gracias. (Vase Verónica.)

PRIEUR He aquí, en diferentes valores, la suma citada de quinientos mil ciento cuarenta y dos francos.

RIC. Muy bien. (Empieza á colocarlo todo en la caja.)

PRIEUR ¿No cuenta usted?

RIC. Amigo Prieur, yo tengo á todos los que me rodean por modelos de honradez. De otro modo no les concedería un puesto á mi lado. Y usted por sus condiciones y antigüedad en la casa, ocupa el primer lugar de mi absoluta confianza.

PRIEUR Es usted demasiado bondadoso.

RIC. Mi bondad no tiene mérito; responde á los

merecimientos de cada uno. ¡Ojalá pudiera practicarla con todos! (Se oye tocar la campana.) ¡La hora! No quiero detenerle más. Hasta mañana. (Le da la mano.) No olvide que á las once almorzará usted con Grivot y conmigo.

PRIEUR Gracias, don Ricardo.

RIC. Hasta mañana, pues. (Vase Prieur pensativo.) No puedo olvidar á ese desgraciado Roberto. ¡Qué feliz sería si fuera honrado y me ayudara en la dirección de mis negocios. ¡Ah! ¡Que nunca ha de haber en el mundo felicidad completa!

ESCENA VII

DICHO. VERÓNICA, En seguida GABRIEL

VER. ¡Señor! ¡Señor! Ahí está don Gabriel Savanne, el padre de don Enrique.

RIC. ¡Gabriel ¡Que pase en seguida, no le haga usted esperar! (Vase Verónica y entra Gabriel.)

GAB. ¡Ricardo! ¡Amigo mío!

RIC. ¡Mi querido Gabriel! (Se abrazan.) ¿Cuándo has llegado? Tu hijo Enrique estuvo aquí esta mañana y nada me dijo.

GAB. El no sabe que estoy en París desde hace dos días.

RIC. ¿Que no lo sabe?

GAB. Ni mi hermano; nadie absolutamente, á excepción de mi banquero y tú.

RIC. Pues, ¿y cómo?

GAB. Porque mañana tengo que marcharme otra vez... Y si no hubiera obligado mi venida el cumplimiento de un deber, créeme que no hubiese desembarcado.

RIC. Siendo así... ¿Pero vas á marcharte por fin sin verlos?

GAB. La misión que he traído, quedará hoy terminada. Tendré, pues, tiempo de darles un abrazo. Pero antes tengo que confiarte un secreto.

RIC. ¿Un secreto?

GAB. Amigo Ricardo, aquí donde me ves, soy un infame.

RIC. ¿Estás en tu juicio?

GAB. He cometido un crimen, cuya víctima inocente fué una encantadora muchacha de dieciocho años.

RIC ¿Es posible?

GAB. Para mí, un hombre casado y padre de familia, aquella joven que se interpuso en mi camino debió serme sagrada. Sin embargo, me dejé arrastrar por la repugnante pasión y dispuesto á realizar mi objeto, conseguí que la inocente niña creyese en mis promesas y se abandonara á mi maldito amor.

RIC. ¡Es una indignidad! ¡Oh! Perdona si te ofendí. Tú ya sabes que soy rudo en mis apreciones.

GAB. Nada tengo que dispensarte, porque aún hay más. Aquella criatura nunca supo mi verdadero nombre, porque tuve miedo de que algún se me pudiera mezclar en un proceso por seducción.

RIC. ¡Me asombras!

GAB. Fuí un criminal, ya te lo dije. Pues bien, nuestras relaciones duraron poco más de un año. De pronto recibí una orden de mis superiores para que sin pérdida de tiempo me embarcara. Hube de abandonarla, no sin seguir haciéndola mil promesas.

RIC Que no realizaste.

GAB. ¿Y cómo? ¿Acaso era yo libre? Diez años han transcurrido desde entonces. Tú sabes que mi esposa murió hace poco. Desde aquel instante, la única idea fué mi víctima. Por lo tanto, cuando hace tres días arribamos á Tolón, me apresuré á ir á París donde he podido averiguar, únicamente, que mi amante fué madre.

RIC. ¿Y luego?

GAB. * No he podido seguir la pista. Por eso te
* dije que hoy terminaba mi misión.

RIC. * Y acaso crees que ya has hecho lo bas-
* tante?

GAB. * No, amigo mío.* He pedido á mi banquero sesenta mil francos. Son mis ahorros y no por eso resto la cantidad al capital de Enrique. Vengo á poner dicha suma en tus manos y á pedirte un favor. No me negarás las molestias de continuar las pesquisas que ya no puedo seguir, porque el barco se hace á la mar dentro de dos días.

RIC. ¿Luego lo que pretendes?...

GAB. Es, que si das con mi víctima la entregues dicha suma é intercedas por mí para que me perdone.

RIC. ¿Y la diga que ahora ya puedes casarte con ella y remediar así tu falta?

GAB. ¡Oh! ¡Casarme!

RIC. Eres viudo...

GAB. Pero Enrique se enteraría.

RIC. ¿Pensaste en él cuando se trataba de la honra de aquella mujer?

GAB. ¡Eres inflexible!

RIC. ¡Para remediar el mal, más aún que para condenarle!

GAB. Comprende...

RIC. Si no es con esa condición última, no me pidas ayuda.

GAB. ¡Pues bien, sea! (Abrazándole.)

RIC. ¡Muy bien, Gabriel! ¡Así quiero á mis amigos! Ahora dime ya el nombre de esa mujer. Creo que es lo primero que me precisa.

GAB. Germana Sollier.

RIC. ¿Germana Solier? (Con sorpresa.)

GAB. Eso es, ¿qué te extraña?

RIC. ¡Ah! ¡Qué desdicha! ¡Qué fatalidad!

GAB. ¿La conoces?

RIC. ¿Si la conozco? ¿No comprendes en mi expresión?...

GAB. ¿Ha muerto, acaso?

RIC. Anteayer la enterramos.

GAB. ¡Muerta! (A media voz.)

RIC. Era una pobre obrera de la fábrica de colores. Pero, ¿y Verónica? ¿No te conoce Verónica?

GAB. ¿Tu portera?

RIC. La madre de Germana.

GAB. ¿Su madre dices? ¿Esa es su madre?... Luego, ¡y mi hija! ¿Vive con ella mi hija?

RIC. Sí, Gabriel, vive tu hija, vive Marta. Es un ángel que el cielo ha concedido á esa madre que tú hiciste tan desgraciada.

GAB. ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Ricardo! Ya comprenderás ahora mi deseo. Quiero ver á mi hija... Abrazarla, arrojarme á los pies de Verónica, pedirla perdón...

RIC. Nada más justo. Pero ten valor. (Llama al timbre.) ¡Vas á encontrarte frente á frente de una mujer honrada á quien amargaste la existencia con el más cruel de los dolores!

GAB. ¡Ah! (Llaman á la puerta.)

RIC. ¡Adelante! (Pasa Verónica.)

ESCENA VIII

DICHOS y VERÓNICA

GAB. (Aparte.) ¡Qué horrible martirio!

RIC. ¡Verónica! Mi amigo Gabriel desea hablar con usted. Yo lamento mucho el disgusto que ha de causarle lo que le diga, pero no he creído justo negarme á su pretensión.

VER. ¡Señor, no comprendo!...

RIC. Grave es el caso... Gravísimo. Tenga usted, sin embargo, un poco de calma para oir.

VER. ¡Me asusta usted! ¿Es acaso una nueva desgracia?

RIC. ¡Gabriel!... (Momento de indecisión.)

VER. ¡Por Dios, señores, no prolonguen ustedes mi martirio! Hable usted, don Ricardo. ¿Qué ocurre? ¿Qué es ello?

RIC. Pues bien, sépalo usted ya. El señor Savanne es el padre de Marta.

VER. (Grito desgarrador.) ¡Ah!

GAB. (A sus pies.) ¡Perdón, Verónica! ¡Yo soy el infame seductor!

VER. ¿Usted? ¡Un marino! ¡Un hombre de honor!...

GAB. Por él vengo á remediar mi infamia.

VER. A remediar... ¡Qué sarcasmo! ¿Acaso puede

usted devolverme á mi hija? ¿Puede usted ahora evitar la miseria que sufrió, la vergonzosa mancha que arrojó sobre ella?... ¡Qué osadía! Venir ahora á pedirme perdón. Mi Germana no se atrevió á tanto. Ha muerto sin tener el consuelo de abrazarla.

GAB ¡Comprendo su dolor; pero tenga usted piedad de mí, señora!

VER. De nadie la tuvo usted. ¿Con qué derecho, pues, me pide lo que nunca concedió? ¡Piedad, dice! ¿Sabe usted el valor de esa palabra? Pues si lo sabe, ¿cómo no la empleó con nosotras... con el fruto inocente de su falta... con esa niña que vino al mundo sin apellido, que no ha conocido las caricias de su padre, ni ha visto nunca su cara asomando amorosamente sobre la cuna?

GAB. ¡Sin embargo, es mi hija; tengo derecho á ella!

VER. ¡Mentira! Marta es mía, sólo mía. ¿Qué ley puede autorizarle á usted para arrancarla de mis brazos? No tiene padre conocido, y yo no puedo entregársela al hombre que ha matado á mi pobre Germana. No intente usted separarla de mí. ¡Eso sería el colmo de la iniquidad!

GAB. Tranquilícese usted; no pretendo eso. Mi idea es asegurar su porvenir.

VER. ¡Ah, sí! Comprendido. ¿Borrar con un puñado de dinero todo el pasado? ¡Ah! ¡Es usted un miserable!

RIC. Verónica. Hace seis años que está usted en mi casa; usted sabe lo que la quiero... Conoce mi rectitud, mis ideas, mi corazón...

VER. Sí, señor. Por eso todos le estiman y le respetan.

RIC. Pues bien. ¿Dudaría usted de lo que yo le asegurase?

VER. ¡Oh, no; de ninguna manera!

RIC. Entonces, yo la juro que el dolor del señor Savanne, es sincero. Perdone usted.

VER. ¡Nunca!

RIC. ¡En nombre de Marta!

VER. No. Marta tampoco puede perdonar. Ha

visto el sufrimiento de su madre; sabe que su padre las abandonó...

RIC. Pues bien, traiga usted á esa encantadora niña. Que ella juzgue en este caso. Si no te perdona, (A Gabriel.) ese será tu eterno y más cruel castigo. Cumpla usted mis deseos, amiga mía.

VER. ¡Ah, sí! La niña juzgará. (Vase Verónica.)

ESCENA IX

RICARDO, GABRIEL; luego VERÓNICA y MARTA

GAB. Ricardo, la prueba es terrible. Siento que me van faltando las fuerzas.

RIC. Domínate. Marta es una niña de quien las penalidades han hecho una mujercita. Es preciso, pues, que tu esfuerzo sea sobrehumano, para disponerte á oir de sus labios tu sentencia.

VER. (Entrando con Marta.) Aquí está, señor Savanne.

GAB. (¡Ah, es ella! (A media voz.) ¡Mi hija! ¡Mi hija!)

MARTA ¿Es usted el que me ha dicho la abuelita que quiere verme?

GAB. Sí, yo...

VER. Escucha, Marta; tu madre te habrá hablado, sin duda, del hombre que la abandonó.

MARTA ¡Oh, sí! ¡Pobre mamaíta! Y lloraba mucho... Siempre lloraba.

VER. Pues, bien. Si el azar te pusiese frente á ese hombre y él quisiera en un momento anular todo un pasado de desdichas; si quien á tu pobre madre sólo causó lágrimas y sufrimientos, pretendiera hoy tener derecho á tus caricias, á tus besos de amor; si, resumiendo, en fin, tratase ahora de que tú le perdonaras toda su maldad; ¿qué le dirías?

MARTA Abuelita. El día en que mamá murió, me abrazó fuertemente, me cubrió de besos y derramando abundante llanto me dijo: «¡Marta, hija de mi corazón! Sé siempre buena, y si alguna vez sientes desfalleci-

mientos, acuérdate de mí... de mí que he sido muy desgraciada. No olvides ahora lo que voy á decirte: Si llega el día en que te encuentres frente á frente de tu padre... no seas rencorosa... Así, pues, si él te abre sus brazos, no le rechaces... no quieras avergonzarle... Tú no tienes derecho á juzgar sus actos: eso no lo hace un buen hijo. Júrame, pues, que te apresurarás á concederle tu perdón...»

VER. ¿Germana dijo eso?

MARTA ¡Sí, abuelita!...

RIC. ¡Verónica!

VER. Comprendo, don Ricardo. Yo no puedo ya mostrarme inflexible. Marta, ¡abraza á tu padre!

GAB. ¡Hija mía!

MARTA ¡Ah! ¡Papá, papá! No llores. ¡Mamita también te ha perdonado al borde de su tumba!

(Telón.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

CUADRO TERCERO

Telón corto. La escena representa un gabinete en casa de Guillermo Schutz

ESCENA PRIMERA

O'BRIEN siguiendo á ERNESTO

ERN. Haga usted el favor de esperar un momento. Voy á avisar su llegada. (Vase derecha.)

O'BRIEN Muy impaciente es el barón Schutz. Por fortuna le traigo una buena noticia que espero me recompensará con esplendidez.

GUIL. (Sale derecha.) ¡Señor O'Brien!

O'BRIEN A sus órdenes, señor barón.

GUIL. He llamado á usted con urgencia, porque no estoy del todo satisfecho de sus servicios, y por lo tanto, le interesa mucho conocer la carta que he recibido esta mañana. (Dándosela.)

O'BRIEN (Leyendo.) «Tenemos la seguridad completa de que estamos dando dinero á gentes que no nos sirven bien. Urge, pues, al buen servicio del Imperio, suspenda usted en sus cargos á aquellos que hasta la fecha no se hayan distinguido por su celo y actividad.» (Devolviéndole la carta.) Enterado.

GUIL. ¿Es eso cuanto usted tiene que decir?

O'BRIEN Puesto que usted me juzga en el número de los ineptos, yo debería, molestado por su gran injusticia, no añadir ni una palabra más.

GUIL. Tengo motivos para sospechar de su incuria. Esta mañana sé que en casa de la señora Aubin almorzaron varios desconocidos, y usted no estuvo presente. ¿No sería alguno de ellos Roberto Verniere?

O'BRIEN No, señor. Fritz Leyman no se encuentra en Francia.

GUIL. ¿Cómo?

O'BRIEN Ahora, barón, puede usted repetir lo que antes dijo. ¡Ya ve usted que mi negligencia en esta cuestión no es tan manifiesta como usted afirma!

GUIL. Si no se explica con más claridad...

O'BRIEN Aseguré á usted, y hoy me ratifico, que sus sospechas eran infundadas. Roberto vino á ver á su hermano para asuntos puramente personales. Porque además no es admisible, á mi corto entender, que quien vendió al Estado alemán secretos que á Francia pertenecen, vuelva á su país á declararse traidor, por el solo gusto de perjudicar á tres ó cuatro personalidades de importancia.

GUIL. Está bien. Eso es una opinión suya, pero de la que no participamos, ni mis jefes, ni yo.

O'BRIEN (Aparte.) (Qué miedo tienen á ser descubiertos.)

GUIL. Creo, pues, que debió usted ahorrarse las consideraciones que hizo y haberme aclarado en cambio su afirmación de que el señor Verniere había salido de Francia.

O'BRIEN En pocas palabras podré justificarlo. Esta mañana á las nueve y media tomó el expreso con dirección á Berlín.

GUIL. ¿Está usted seguro?

O'BRIEN Lo he visto yo mismo. No cabe la duda.

GUIL. ¿Y no se atrevería usted á sospechar nada?

O'BRIEN No comprendo.

GUIL. Verdaderamente, yo esperaba de usted algo

más. Hasta voy ya temiendo descubran dentro de poco, que bajo el doctor O'Brien y su gabinete de hipnotismo, se oculta nuestro primer espía. Mal lo va usted á pasar entonces.

O'BRIEN Mal lo pasaríamos, señor barón.

GUIL. Sepa usted que si Roberto marchó en el tren de esta mañana, fué sin duda porque notó que se le seguía y así trató, como lo ha conseguido, burlar el espionaje.

O'BRIEN ¿Es posible?

GUIL. Y sepa usted también lo que acaban de afirmarme. Ha regresado á París en el correo de las seis y cuarto.

O'BRIEN ¡Eso no puede ser cierto! Es una calumnia que se me ha inventado.

GUIL. Lo celebraré mucho en beneficio particular suyo, porque de tener confirmación el hecho, ya supondrá usted que son completamente innecesarios sus servicios á nuestro gobierno.

O'BRIEN Comprendido.

GUIL. Mientras tanto puede usted volver á su puesto. No pierda de vista la fábrica, como asimismo á Grivot. Ese sujeto no nos inspira tampoco gran confianza.

O'BRIEN Sin embargo, me permitiré recordar al señor barón que gracias á él...

GUIL. ¡O'Brien! Yo acostumbro á olvidar los malos servicios antes que los buenos... Nada más tengo que decir.

O'BRIEN ¿Puedo entonces retirarme?

GUIL. Desde luego. Y confío sabrá usted volver á la estimación y confianza con que siempre le distinguí. Queda usted enterado. (Vase.)

ESCENA II

O'BRIEN

¿Pero será posible que ese maldito Roberto se haya burlado de mí como del más inocente policía? Si es así, yo le juro que no

volverá á escapárseme. Volvamos, pues, á Saint-Ouen á no perder de vista la fábrica, porque, ¿dónde mejor le podré encontrar? Pero ¡ah, señor barón! si no resultan ciertos sus informes especiales... Yo me vengaré entonces del mal rato que se me ha dado. (Vase.)

MUTACIÓN

CUADRO CUARTO

El patio ó entrada de la fábrica. A la derecha un bastidor con puerta, que se supone da acceso al despacho del señor Verniere. A la izquierda primero y segundo término, pabellones de la portera con puerta y ventana. Tercer término, puerta cochera y postigo Al fondo, los talleres; una empalizada con puerta separa los talleres del portal. Una luz de gas ó farol adosado al muro de la derecha alumbra debilmente la escena.

ESCENA PRIMERA

Abrese la puerta y entra JUAN, sereno de la fábrica. Viene borracho

¡Caramba, qué soledad... y qué obscuridad! Buena noche, pero buena... me he bebido cuatro botellas .. cuatro seguiditas... una detrás de otra... Hay que celebrar el primero de año. El que no celebra este día no es buen católico... ni buen bebedor... El cargo de sereno es muy duro... No se duerme tranquilo... Se echa uno para dormir un ratito, y cuando mejor se encuentra .. uno... se oye un ruido... (Como preguntando.) ¿Eh, quién está ahí? Nada... el eco es el que repite. (Imitando el eco lejano.) «¡Eh! ¡Quién está ahí!» ¡Qué vida esta! No somos naide. Con cuatro tristes botellas se pone el cuerpo que no tiene fuerzas ni para sostener el farol... En fin... ¡Vamos á dormir! (Vase por el fondo á los talleres. Momentos de silencio.)

ESCENA II

VERÓNICA, MARTA, MAGLOIRE. Se oye dar las doce, después entran

MAG. Ya hemos llegado. Creo que no se ha pasado mal la noche. ¿No es así?

VER. Gracias, Magloire, porque en efecto nos has proporcionado un buen rato, cenando en compañía de la señora Aubin.

MAG. Trabajo me costó convencer á usted... Es preciso distraerse, mamá Verónica. Los días de fiesta se han hecho para disfrutar un poco... Vaya... creo que ya es hora de descansar. Hasta mañana, pues. (Dispónese á marchar.)

VER. Magloire, no te olvides del encargo que te hice. Si repentinamente me ocurriese alguna desgracia, Marta te dará, para que tú lo guardes, el recibo de sesenta mil francos que ha entregado su padre al señor Verniere... Es el porvenir de esta hija.

MAG. ¿Pero á qué viene eso, mamá Verónica?

VER. Nadie está libre de un accidente inesperado. Y nadie entonces mejor que tú para defender ese capital.

MAG. Me honra mucho tanta confianza, pero...

VER. Ese papel en manos de una muchacha pudiera extraviarse, ó lo que es peor, serle arrancado con engaño. No sé por qué tengo presentimientos...

MAG. ¡Bah! ¡bah! Déjese usted de presentimientos... Buenas noches... Adiós, Marta. (Abrazándola.)

VER. Adiós, Magloire. (Vase éste cerrando la puerta con estrépito. Verónica y Marta entran en casa. Silencio. Por el fondo se ve entrar á dos hombres que avanzan con precaución.)

ESCENA III

GRIVOT el primero, y en el fondo queda ROBERTO. Grivot adelanta lentamente, entreabre la puerta de la empalizada, recorre todos los sitios con sigilo, escuchando. Vuelve al fondo y llama á Roberto

CLAU. ¡Nadie! ¡La suerte nos favorece!

ROB. ¿Pero tienes la seguridad de que tampoco está en casa la portera?

CLAU. Te repito que Verónica se encuentra con Magloire y la niña, en compañía de la señora Aubin.

ROB. ¿Y Ricardo, sabes con certeza?...

CLAU. ¡Pero hombre, tienes más miedo que un hombre de bien!

ROB. Preferiría no encontrar tropiezo.

CLAU. Y no lo habrá. Tú hermano está convidado en casa del juez Savanne, el tío de Enrique. Celebran allí el primero de año y los días de la chica. Hay diversión hasta la madrugada. Tranquilízate, pues, y no perdamos así el tiempo. Aquí está el frasquito. Rocía con el líquido el despacho y préndelo fuego, una vez que te hayas apoderado del dinero. Es preciso que se funda la caja y el incendio oculte para siempre el robo. ¿Tienes cerillas?

ROB. Sí.

CLAU. Pues toma. (Le da las llave.) Esta es la de esa puerta; la mediana, la del despacho, y esta pequeña es la de la caja... anda.

ROB. ¿No vienes tú?

CLAU. No. Yo tengo aquí mi puesto... Soy tu avanzada. (Vase Roberto.)

ESCENA IV

GRIVOT. Luego RICARDO. Luego VERÓNICA, y después ROBERTO

CLAU. Preparémonos por si ocurriese cualquier incidencia. (Sacando un revólver. Ruído en la puerta cochera.) ¡Eh! ¿Qué es eso? (Aparece Ricardo.) ¡El amo! (Se oculta en la empalizada.)

RIC. (Se detiene, escoge una llave entre varias y se dirige á la puerta; al notar que está abierta, dice:) ¿Qué significa esto? (Entra.)

CLAU. He sido un cobarde, no me he atrevido á disparar... Nos hemos perdido.

RIC. (Dentro.) ¡Ah, miserable!

CLAU. ¡Le sorprendió!

VER. (Asomándose á la ventana.) Me ha parecido oir...

CLAU. (Al ruido levanta la cabeza y ocúltase.) ¡Ella también aquí!

RIC. (Dentro.) ¡Ladrones! ¡Ladrones!

VER. ¡Dios mío! (Desaparece.—Oyese dentro un tiro.)

RIC. (Dentro.) ¡Asesino!

CLAU. ¡Pues no estoy temblando!

VER. (Sale.) ¡Socorro! ¡Socorro! (Sale Roberto con el saco del dinero y tropieza con Verónica.) ¡Miserable!

ROB. ¡Calla ó te mato!

VER. ¡Socorro! ¡Asesinos!

CLAU. (Disparando un tiro por la espalda.) ¡Calla, vieja maldita!

VER. ¡Ah! (Cae al suelo.)

ROB. Huyamos, que el fuego se propaga rápidamente.

CLAU. ¿Y tu hermano?

ROB. Le ví... Disparé... No me preguntes ahora. Vamos.

CLAU. No, yo no debo huir... Sería delatarme.

ROB. Valor. (Dándole la mano.)

CLAU. (Idem.) ¡Que el demonio te proteja! (Vanse por la empalizada al fondo. El fuego se ve aumentar.)

ESCENA V

VERÓNICA en el suelo. Luego MAGLOIRE, GRIVOT, CARLOS, VIDE-GOUSSET, SIMÓN, OBREROS, BOMBEROS, O'BRIEN

MARTA (Asomándose á la ventana.) ¡Abuelita! ¡Abuelita!

VOZ 1.ª ¡Fuego!

VOZ 2.ª En la fábrica.

VOZ 3.ª ¡Fuego! (Golpes en la puerta. Ruido fuera.)

MARTA ¡Abuelita! ¿Dónde estás?

MAG. (Fuera.) ¡Marta! (Oyese el tocar á fuego de las campanas y pitos de los serenos.)

VOCES ¡Fuego! (Este aumenta considerablemente. Derriban la puerta y entran precipitadamente todos. Al ver el cuadro, retroceden con espanto.)

TODOS ¡Ah!

CARLOS ¡Mamá Verónica!

MAG. ¡Un medallón! (Cogiendo el que Verónica tiene en la mano. Las mujeres rodean á Verónica.)

MARTA ¡Abuelita! (Magloire echa á correr entrándose en la portería.)

CLAU. (Entrando precipitadamente.) ¿Qué es esto? ¿Qué pasa? (Se oye la campana del material de incendios)

VARIOS ¡Las bombas! ¡Las bombas!

CLAU. Salvemos la caja y los documentos. (Las llamas invaden ya todo.)

SIM. Imposible entrar, señor Grivot.

BOM. (Entrando con una manga.) ¡Ahí va! ¡Fuera!

OB. 1.º ¡Por aquí!

OB. 2.º ¡Agua!

MARTA (Saliendo en brazos de Magloire.) ¡Abuelita! ¡Abuelita!

CLAU. (A O'Brien.) ¡Que desgracia, señor! ¡Qué desgracia! (Demuestra la mayor desesperación. Gran movimiento y confusión en escena; los bomberos con mangas, escalas, etc , etc.)

FIN DEL ACTO TERCERO

ACTO CUARTO

CUADRO QUINTO

Habitación corta con gran puerta en el foro con portier

ESCENA PRIMERA

SIMÓN, VIDE-GOUSSET, CARLOS y OBRERO 1.° Luego OBRERO 2.°

SIM. ¿Conque dices que los talleres de la fábrica han sido reducidos á cenizas?

VID. Así es. Una ruina para todos.

CARLOS ¡El miserable autor de tanta desgracia no pagaba ni con su vida!

VID. Un amo como el nuestro no debió morir nunca de ese modo.

SIM. Por eso es preciso que le venguemos, ayudando en lo posible á la justicia para descubrir al criminal.

CARLOS ¡La justicia! No confío en ella. Estoy seguro de que el asesino la burlará tranquilamente.

SIM. Amigo mío. No es cuestión de un momento dar con el infame que nos ha dejado en la miseria, destruyendo nuestros medios de ganar el pan.

VID. Posible es; pero yo soy de la opinión de Carlos. No hay que olvidar la declaración del contramaestre señor Grivot. La caja contenía más de quinientos mil francos. El

que se haya llevado esa suma ya tiene bastante para librarse de la guillotina.

CARLOS ¡Ah! El señor Grivot se ha portado como un héroe metiéndose en los sitios de más peligro.

OB. 1.º Todo su afán era salvar la caja y los documentos.

CARLOS Sí; pero cualquiera entraba en el despacho.

OB. 1.º ¿Dónde estaría ya si hubiese entrado? (Entra por la izquierda el Obrero 2.º con un periódico en la mano.)

SIM. (Al Obrero 2.º.) ¿Ocurre algo?

OB. 2.º Que nuestro amigo Juan también ha muerto.

SIM. ¿El sereno?

OB. 2.º Eso dice el periódico.

VID. ¡A ver! ¡A ver! (Leyendo.) «Incendio y crimen en Saint-Ouen. Fábrica ardiendo. El dueño asesinado. El sereno muerto por asfixia. La portera gravemente herida. Quinientos mil francos robados. Misterio.»

SIM. Es horrible oir la detallada confirmación de la catástrofe. ¡Pobre Juan! Ya os lo dije. Sin duda estaría como de costumbre y... ¡Yo no sé cómo hay hombres que beban así!... ¡Maldita bebida!

CARLOS ¿Te enteras, Vide-Gousset?

VID. Déjame en paz.

SIM. Vaya, muchachos, á descansar. Yo me quedo hasta que venga el señor Grivot á relevarme.

VID. No; me quedo yo que soy más joven y puedo resistir mejor la fatiga.

SIM. Te lo agradezco. Pero creo mejor que vayais al hospital á ver á la pobre Verónica.

VID Es verdad.

SIM. Pues andad, y Dios quiera que la encontreis con vida. ¡Pero cuidado con decirla que ha muerto el amo! La impresión podría serle funesta.

CARLOS Vamos, pues.

VID. Hasta luego, señor Simón.

SIM. Adiós, amigos mios. (Los Obreros vanse por la derecha. Simón pasa á la habitación donde se supone está el cadáver.)

ESCENA II

GRIVOT, con una corona en la mano entra por la izquierda. Luego SIMÓN

CLAU. ¡Qué mal rato pasé! El juez me llamó para declarar. He necesitado de toda mi sangre fría para no infundirle sospechas. Pero si Verónica muere, como suponen, nada debo ya temer.

SIM. (Saliendo.) Bien venido, señor Grivot.

CLAU. Buenos días, Simón.

SIM. ¡Hermosa corona!

CLAU. Poco vale para lo que merece nuestro pobre amo.

SIM. Si quiere usted que la coloque, irá en lugar preferente.

CLAU. Gracias, Simón, yo la colocaré. Puede usted retirarse á descansar.

SIM. Si para algo me necesita...

CLAU. Para nada. Puede usted marcharse tranquilo. (Se dirige á la habitación del foro.)

SIM. Hasta luego, pues. ¡Pobre don Ricardo! (Limpiándose los ojos con el dorso de la mano, vase por la derecha, cerrando la puerta con fuerza. Al ruido, Grivot, que iba á colocar la corona, se detiene y mira con espanto. Al convencerse que está sólo, coloca la corona con demostraciones de terror.)

ESCENA III

CLAUDIO, solo

¡Qué horrible silencio!... Siento que la sangre pierde calor en mis venas... He pasado por tantas emociones en tan pocas horas... ¡Valor!... ¡Valor ó soy perdido! Estoy abusando de mi fuerza de voluntad... No debí haber venido á este sitio... Estoy sólo con mi víctima, y al mirarle, creo que entreabre sus cárdenos labios para acusarme y maldecir-

me. ¡Qué es esto!... Se mueve, recobra la vida... Se incorpora... Avanza hacia mí.. ¡No!... ¡Déjame! ¡Detente! Pero, ¿qué me pasa?... ¿Deliro?... (Nerviosamente corre el portier de la puerta del foro.) Estoy temblando... arde mi frente y mis sienes estallan... ¡Me ahogo! ¡No veo! ¡Necesito aire! ¡Luz! (Lucha entre quedarse ó irse, y después de una larga pausa y de mirar con terror á todas partes, desaparece diciendo.) ¡Soy un cobarde! ¡Sí! ¡Soy un cobarde!

MUTACIÓN

CUADRO SEXTO

Decoración partida. A la izquierda, la parte mayor, una habitación de pago en el hospital. Junto al lateral izquierda una cama, en la que se halla Verónica con la cabeza vendada. Lado derecha puerta. En el rincón de este lado, colocada al fondo, una mesa Sobre ella crucifijo y dos velas. Por una gran ventana al fondo se ve una sala general con sus correspondientes camas numeradas. La parte de la derecha, que es menor, gran pórtico de piedra. Puerta al fondo con gran farol sobre ella. Puerta lateral derecha, por donde se hacen todas las entradas y salidas.

ESCENA PRIMERA

VERÓNICA, SOR TERESA, EL DOCTOR, ENRIQUE y UN PRACTICANTE. Estos tres alrededor de la cama de la enferma. Sor Teresa, ocupada, va de un lado para otro

VER. (Suspirando.) ¡Ah!

COLLIN Animo, señora. La herida está en muy buenas condiciones.

ENR. No hay que afligirse, mamá Verónica.

VER. ¡Ay, don Enrique! Dios me ha conservado la vida para poder descubrir al criminal.

COLLIN Así es; pero yo la prohibo á usted terminantemente que abuse del relativo buen estado en que se encuentra. Cuando venga el señor juez, hable usted lo menos posible.

Procure sólo contestar á sus preguntas. Tiempo tendrá usted de ampliar la declaración.

VER. Así lo haré.

COLLIN Corriente. Ahora es preciso guardar silencio.—¡Sor Teresa! (El Doctor llama á la hermana y se quedan los dos en el centro conferenciando. Enrique y el Practicante en primer término derecha.)

PRAC Es milagroso que esta pobre no haya muerto en el acto.

ENR. En efecto. Es un caso notable. (El Doctor se acerca á los practicantes. Sor Teresa vase lado derecha.)

COLLIN Amigos míos: el caso que nos ocupa, es de aquellos que raras veces se presentan. Y si hoy no me atrevo á afirmar rotundamente que no corre peligro la vida de la enferma, tampoco he de negar la gravedad que existe. Sin embargo, creo que la salvaremos.

ENR. ¿Lo cree usted posible?

COLLIN Desde luego; y si fuera optimista, lo aseguraría. La bala que ha penetrado por la región mastoidea, se halla incrustada en la silla turca del esfenoides, rompiendo su ala pequeña. Así, pues, si hay enquistación del proyectil formando secuestro cerrado, no tardará en curar la paciente.

ENR. ¿Pero por completo?

COLLIN Algo habrá que lamentar y algo muy importante, pero todo es secundario tratándose de vida ó muerte.

ENR. ¿Y es ello?

COLLIN La pérdida total de la visión.

ENR. ¿Ciega entonces?

COLLIN Para siempre.

ENR. ¿Pero incurable?

COLLIN ¡Incurable! *No creo que nadie se atreviera * á la dificilísima operación de la trepano- * tomía para extraer el secuestro y la bala * enquistada. Y si alguna eminencia se de- * cidiese á tanto, mi opinión es que la enfer- * ma no podría resistir la operación.*

ENR. ¿Tal cree usted, Doctor?

COLLIN Digo lo que pienso. *De todos modos con- * súltelo usted con su sabio maestro y yo

* me alegraré si en favor de su recomenda-
* da discrepan sus manifestaciones poco ó
* mucho de las mías.* Conque, voy á continuar la visita. Usted, Savanne, que tanto interés tiene por la enferma, quédese aquí para cuando venga á interrogarla el señor juez. De este modo podrá suplicar á su señor tío que suspenda su indagatoria en cuanto note que la declarante se fatiga demasiado... Hasta mañana, pues, amigo mío.

ENR. Hasta mañana, señor Doctor. (Vanse el Doctor y Practicante.)

ESCENA II

SAVANNE: á poco SOR TERESA y MAGLOIRE, por la izquierda

ENR. ¡Quedarse ciega! ¡Pobre Verónica! Triste epílogo de los sufrimientos en una existencia de honradez y privaciones. Puede estar satisfecho el miserable asesino. Su víctima no podrá volver á verle. Aun cuando lo encuentre en su camino, no habrá de temer que le descubra, que le entregue á la justicia de los hombres. *Y mientras el mal se
*enseñoree una vez más por el mundo, el
*bien llorará su desgracia, impotente para
*obtener el triunfo... La pobre ciega no ten-
*drá más remedio que vivir de la caridad
*pública, ni otro consuelo que maldecir al
*criminal desde el fondo de su corazón, y
*tal vez llegar en su odisea hasta á extender
*la mano para recibir la limosna del mismo
que pretendió asesinarla. ¡Oh! ¡Qué horrible es todo esto! (Aparecen Sor Teresa y Magloire.)

SOR. TER. ¡Don Enrique!

ENR. ¡Magloire!

MAG. ¡Señor Savanne!

ENR. ¿Viene usted á ver á nuestra amiga?

MAG. ¿Sigue bien?

ENR. Relativamente, sí. El doctor le ha levantado

la primera cura, y su impresión es muy satisfactoria; es decir, satisfactoria respecto á no peligrar su vida.

MAG. ¿Entonces?...

ENR. Se abriga el temor de que quede ciega.

MAG. ¡Ciega! ¡Es posible!

ENR. Casi seguro. Pero tengamos esperanzas. No hay que darse por vencidos mientras haya medios que emplear, dirigidos á un buen resultado. Y la pequeña Marta, ¿cómo sigue?

MAG. Deseando venir; pero yo no me he atrevido á traerla

ENR. Hizo usted bien. No es todavía conveniente. ¡Ah, mi tío!

ESCENA III

DICHOS. DANIEL SAVANNE acompañado de un ESCRIBIENTE, por la puerta izquierda

DAN. ¿Puedo interrogar á la herida, querido Enrique?

ENR. Esperándolo está. El médico permite que cumpla usted su misión, pero sin fatigar mucho á la enferma.

DAN. (Fijándose en Verónica.) ¡Pobre mujer!

ENR. Mamá Verónica. Aquí está el señor juez por si usted quiere decirle lo que sepa.

VER. (Con voz débil.) ¡Ah, sí!... Que se acerque... Yo diré todo lo que pueda... Quiero que la justicia descubra esa infamia...

DAN. Vamos á ver, señora. El amigo Magloire dice que usted debió luchar con el asesino, porque en sus manos encontró un objeto que no era de usted.

VER. Cierto. Recuerdo muy bien. Era un medallón. En el momento que le cogí, ya no pude decir nada más. Caí al suelo sin sentido. (Durante el interrogatorio Enrique la está pulsando.)

DAN. ¿Fué aquel hombre el que pudo librarse de usted disparándola el tiro?

VER. Fué otro... no sé quién.

DAN. ¿Dice usted que no sabe quién la hirió? ¿Y al otro le vió usted bien?

VER. ¡Ah, sí, señor!... Le conocí.

DAN. ¿Que le conoció usted?

VER. Había estado dos días antes en el despacho del amo. Yo misma anuncié su visita.

DAN. ¿Está usted segura?

VER. Sí, señor. Tenía mucho empeño en ver á don Ricardo.

DAN. ¿Recuerda usted su nombre?

VER. Fritz Leymann.

DAN. ¿Recuerda usted las señas del asesino?

VER. Estatura regular... larga barba... ojos de expresión dura...

DAN. ¿Recuerda algo más?

VER. Sí, señor... Cuando se fué, me llamó el amo y me dijo: Si vuelve ese hombre, no le reciba usted, y si se empeña en entrar, llame usted á cualquiera de mis obreros y que se cumpla mi orden.

DAN. ¿Y volvió?

VER. No, señor, ó al menos yo no le ví.

DAN. ¿Recibió don Ricardo alguna otra visita?

VER. La de un amigo, que le entregó en depósito sesenta mil francos.

DAN. ¿Cómo sabe usted eso?

VER. Porque el recibo me fué entregado á mí.

DAN. ¿Con qué objeto?

VER. Por ser dinero que pertenecía á Marta.

DAN. ¿Era pariente de la niña aquel caballero?

VER. Su padre.

DAN. ¿Le conocía usted?

VER. Me fué entonces presentado por el señor Verniere.

DAN. ¿Recuerda usted su nombre? (Pausa larga.) ¿No ha oído?

VER. No puedo recordarlo. Es un secreto que he prometido guardar.

DAN. El juez es un confesor en este caso.

VER. Pues al juez se lo diré en su día.

DAN. Sin embargo...

VER. No puede ser hoy...

DAN. Conforme.

ENR. ¡Basta! Su debilidad no la permite hacer más esfuerzos.

DAN. Entonces hemos concluído por hoy nuestra misión. (Se retiran de Verónica.) Desde luego alguna luz arrojaron sus manifestaciones. Sabemos ya el nombre del criminal y esto es lo más importante.

ENR. ¿Confía usted en un buen resultado?

DAN. Por lo menos no descansaré hasta conseguirlo. Y ya supondrás que, tratándose de Ricardo y su familia, tengo mayor interés. Porque ocurre otra nueva desgracia.

ENR. ¿Más aún?

DAN. Sí. Según la declaración del cajero Prieur, nuestro pobre amigo quiso ingresar en una nueva Compañía de Seguros, terminado su anterior contrato el día treinta y uno de Diciembre. Pero no sé lo que ocurrió: el caso es que hasta ayer dos de Enero no firmaban las nuevas pólizas de ingreso, por lo cual resulta que la hija no tiene derecho á indemnización, por ninguna de las dos compañías.

ENR. La ruina completa.

DAN. ¡Esta es la vida! ¡Amarguras sin cuento!

MAG. ¿Entonces el dinero de Marta no se podrá reclamar á nadie?

DAN. Naturalmente.

MAG. ¡Pobre niña! ¡Otra vez en la miseria!

ESCENA IV

SOR TERESA, HERMANA 1.ª, seguida de la SEÑORA AUBIN; MARIA, ROSA, PIERRET, CARLOS, SIMON, VIDE-GOUSSET y OBREROS por la puerta derecha

SOR TER. Pasen ustedes... Pero no la hablen. (Los visitantes cambian una mirada con Savanne y Magloire. Sor Teresa y la Hermana se acercan al lecho de Verónica. Todos los Obreros entran en silencio demostrando en sus semblantes la dolorosa impresión. Avanzan

lentamente. Sor Teresa se incorpora y, poniendo un dedo sobre sus labios, hace signo de silencio y dice:) ¡Está dormida!... ¡Roguemos por su salud! (Las mujeres, dominadas por el dolor, con las manos cruzadas unas, otras llevándose el pañuelo á los ojos, se arrodillan alrededor de la cama. Los hombres se descubren respetuosamente.—Cuadro.—Telón.)

FIN DEL ACTO CUARTO

ACTO QUINTO

CUADRO SEPTIMO

Decoración: la del tercer acto pudiendo hacer pequeñas variantes. como por ejemplo, sustituir la empalizada por una verja de hierro, etc.

ESCENA PRIMERA

SIMÓN, CARLOS y VIDE-GOUSSET

VID. ¡Hoy es el gran día! Estoy deseando dar vivas á alguien.

CARLOS Pues aquí me tienes á mí.

VID Cuando seas patrón y me des un jornal con propina para vino.

SIM. ¡Ya era hora de que empezáramos á trabajar!

VID Pues mañana, no está tan lejos.

SIM. Dos meses parados. La miseria nos rodeaba.

CARLOS Caramba, señor Simón, déjese ya de recuerdos tristes...

VID. Y en cambio mire usted la fábrica; es la misma. Se ha reconstruído igualmente lo quemado y nadie diría que aquí hubo aquella desgracia.

SIM. Es cierto. Bien se ha aprovechado de ella la señora condesa de Nayle.

VID. Yo diría, el hermano de nuestro antiguo amo.

SIM. No, señor. Don Roberto no tiene un céntimo hace mucho tiempo. Es la condesa, quien con el capital perteneciente á su hijo, ha comprado esto y lo ha reedificado, para que el señorito Felipe, se ponga al frente del negocio.

CARLOS Sí; pero la razón social dice: «Verniere, Nayle y Compañía».

SIM. De eso ya no entiendo yo; pero creo, que como don Roberto tiene más años y sabe más, debe ser el primero.

VID. ¡Buena suerte la de ese hombre!

CARLOS Anda, Vide-Gousset; ¡á ver si pescas tú una condesa viuda, con mucha guita!

VID. Prefiero una tabernera.

CARLOS ¿La María?

VID. Esa es para Magloire.

CARLOS Se la merece. ¡Vaya un hombre de corazón! ¿Sabes tú lo que hoy ha hecho?

VID. No le he visto.

CARLOS Tampoco yo, pero me lo ha contado la señora Aubin. Pues mira. Esta mañana cuando salió la enferma del hospital,—llorando su desgracia que la prohibe trabajar,—fué y la dijo: «Mamá Verónica, cuando yo vine de la guerra, me ocurrió lo que á usted. Pero yo tenía unos ahorros y compré este organillo. Con él he ido viviendo hasta ahora y viviendo bien. ¿Que usted no tiene dinero para hacer lo mismo? Bueno, pues ahí tiene usted mi orquesta.» ¿Has visto que hombre?

VID. ¿Es de veras? ¿Y él que va á hacer entonces?

CARLOS Qué se yo. Vender periódicos y baratijas. Descuida que no se morirá de hambre.

VID. Pero, señor Simón... ¿no se dice nada? ¿En qué piensa usted?

SIM. En que eso está muy bien. Pero el tiempo pasa y nadie da con los asesinos. Pienso en que volvemos todos á nuestra fábrica; llenos de gozo á coger otra vez nuestras herramien-

tas; satisfechos á ocupar de nuevo nuestros puestos; solo uno estará ocupado por otro hombre y el egoismo propio hace olvidar lo triste que debía sernos la vuelta al trabajo, sin estar vengado el amo que perdimos.

CARLOS Vaya, señor Simón. ¡Ya me ha puesto usted mustio!

ESCENA II

DICHOS y OBRERO 1.º, en seguida ROBERTO, FELIPE y CONDESA

(Aparecen por la puerta Roberto, Felipe, Condesa y convidados, seguidos de los obreros.)

OB. 1.º ¡Vivan los amos!

TODOS ¡Vivan! (Menos Simón.)

ROB. Gracias, amigos míos. Pero suprimid vuestras aclamaciones en este sitio, donde asesinaron vilmente á mi querido hermano.

SIM. Sí, señor. Aquí mismo fué... Y su deseo en honor á la memoria del muerto, demuestra un corazón noble, herido por la desgracia.

ROB. En efecto, y supongo que á todos vosotros os pasará lo que á mí. El triste recuerdo de la catástrofe, quita felicidad á este día de júbilo. Pero resignémonos con los altos designios de la Providencia. Ella hizo que mi digna esposa, la Condesa de Nayle, (señalándola.) pensando en la miseria que os amenazaba, haya expuesto su capital en acudir al socorro de todos, reedificando y abriendo de nuevo la fábrica, que hoy inauguramos.

SIM. Gracias, señora, en mi nombre y en el de mis compañeros.

ROB. Al frente de ella tendreis dos amigos. El señor de Nayle,—á pesar de su juventud,—vale tanto como yo. Y Grivot, vuestro antiguo contramaestre, será reconocido por vosotros como jefe de talleres, cargo que mi pobre hermano le habría ya seguramente conferido, premiando así los buenos servicios que prestó y confianza que le merecía

por su honradez y lealtad. Ahora, señor Simón, (Dándole un billete.) tome usted este pequeño obsequio, para que beban todos á nuestra salud.

SIM. Gracias, señor.

CARLOS (A Vide-Gousset.) ¡Vaya un golpe! ¿Eh?

VID. ¡Es simpático este hombre!

CARLOS ¡Te veo, besugo! (Dándole un empujón. Vanse todos los obreros con demostraciones de júbilo.)

ESCENA III

SEÑORA VERNIÉRE, ROBERTO, GRIVOT, FELIPE, y en seguida DANIEL y ENRIQUE, vestidos de luto

COND (A Roberto.) Si te parece, podemos pasar á visitar los talleres y á tomar el té.

ROB. Desde luego; pero es extraño... (Entran por la puerta cochera Daniel y Enrique.) ¡Ah, mis queridos amigos! (Yendo á saludarles.) En este momento iba á nombrar á ustedes, notando el retraso en su llegada. (Daniel saludando á la señora Verniére. Todos se saludan, unos dándose la mano, otros con inclinaciones de cabeza.)

COND. Nos sorprendía ya su tardanza...

ENR. Confieso á usted, señora, que es una excepción la que hacemos. Nuestro ánimo no está aún para fiestas.

DAN. Así es en efecto, puesto que aún no hace quince días murió mi hermano Gabriel.

ROB. Sin contar lo que ha tardado en llegar la noticia.

DAN. Sí, pero de todos modos...

COND. Comprendo sus escrúpulos... Pero esto, amigo mío, no es una fiesta; es una reunión familiar, compuesta de nuestros más íntimos.

ROB. Y ustedes ocupan un primer puesto, en honor á la amistad que les unía á Ricardo.

DAN. Muchas gracias. Por ello nos es grato corresponder á sus deseos.

ROB. Vamos, Felipe. Haced los honores tú y tu madre. Yo soy con ustedes en cuanto arre-

gle unos asuntos y dé mis órdenes al señor Grivot.

FEL. Cuando ustedes gusten. (Dan el brazo á las señoras y vanse por la puerta de la verja en dirección á los talleres)

ESCENA IV

ROBERTO y GRIVOT

ROB. Gracias á Dios que nos dejan solos. ¿Qué hay?

CLAU. Verónica ha salido del hospital esta mañana.

ROB. ¡Pero ciega!

CLAU. Sí, ciega... por ahora.

ROB. ¿Cómo por ahora? ¿Acaso es curable su ceguera?

CLAU. Es dificilísimo, pero no imposible, si intentan la operación por fin.

ROB. ¡Morirá en ella! Así lo afirmó el doctor.

CLAU. Es cierto, pero el maestro de Enrique Savanne, que como sabes es una eminencia, se empeña en que debe arriesgarse el todo por el todo.

ROB. No comprendo...

CLAU. Según me ha dicho Magloire, propondrá á la ciega curarla en su casa propia.

ROB. ¿En casa de quién?

CLAU. En la finca que poseen los Savanne á orillas del Sena.

ROB. Me asustas, Grivot.

CLAU. Lo estoy yo desde que me he enterado de estas novedades.

ROB. Es preciso evitar que llegue el día en que Verónica pueda decidirse á que la operen.

CLAU. No; lo que es preciso es que no llegue Verónica á ese día.

ROB. Tienes razón. ¿Pero de qué medio valerse? Ahora mi posición no me permite exponerme...

CLAU. Ni yo puedo tampoco ayudarte.

ROB. Tú estás en mejores condiciones.

CLAU. ¿Yo?

ROB. Es natural. No tienes familia. Con los doscientos cincuenta mil francos que te corresponden y yo te debo, podrías vivir en otro sitio muy lejos de aquí. Antes de marcharte despachabas á esa mujer.

CLAU. ¿Estás loco? ¿El jefe de tus talleres, el hombre de tu confianza, huyendo de la justicia por criminal?... ¿Qué ocurriría entonces?

ROB. Es verdad. No sé lo que digo. Pero es preciso hacer algo, buscar una solución, y te exijo que me libres de Verónica. Es tu presa, te pertenece, luego cumple con tu deber.

CLAU. Lograrás desesperarme.

ROB. ¿Y qué? ¿No lo estoy yo? ¿O es que no comprendes mi ira al sospechar el peligro que me amenaza? La ciega luchó conmigo, con Fritz Leymann, bien claro se lo dijo al juez. El medallón que sus manos me arrancaron está en poder de la justicia, y si llega el día en que Verónica recobre la vista, no me queda otro remedio que huir; abandonarlo todo: negocio, fortuna, familia, si no quiero que sus ojos me descubran y señalándome repita: «¡Ese es el asesino! ¡Ese es!» Y entonces, ¡qué importaría que yo negase! El dije de mi cadena sería reconocido por Matilde y por Felipe... ¡Ellos mismos me entregarían á los tribunales! (Pausa.) ¡Callas!... Comprendes la situación y nada se te ocurre. ¡Ah! (Grivot con la cabeza baja. Roberto con rabia.) ¡Eres el más inútil de todos los hombres!

CLAU. ¡Roberto! (Herido por el concepto.)

ROB. Dispénsame, Claudio. Confieso que estas ideas me trastornan. Pero recapacita fríamente lo que nos conviene. Busca un medio de salvación que no nos comprometa. Ahora continuemos la comedia. Vamos en busca de nuestros amigos. (Vanse por donde los otros.)

ESCENA V

VERÓNICA y MARTA, con el organillo por la puerta cochera

MARTA Por aquí, abuelita.

VER. ¿Hemos llegado ya?

MARTA Sí, ya estamos.

VER. ¡Qué desgracia la mía!

MARTA No te apures, abuelita. Yo estaré siempre á tu lado. Mientras vivamos Magloire y yo no debes entristecerte. (Deja el organillo junto al pabellón de la derecha.)

VER. ¡Ay, hija mía! ¡Cómo quieres que no me apene! Quizá Dios me dejó sin vista, para no sufrir mirando estos muros. ¡Cuántos recuerdos!... ¿Y está todo igual que antes del incendio?

MARTA (Examinando.) No encuentro variación notable...

VER. ¡Ah! ¡Cómo lo borra todo el tiempo!

MARTA Si llego á saber que te pones triste no venimos aquí.

VER. Mi querida Marta. El agradecimiento debe sobreponerse á toda otra expresión. Don Roberto, lo mismo que la señora Condesa y su hijo, se han portado conmigo admirablemente. No olvides lo que se interesaron por mí. Nuestro deber es dedicarles la primera visita. Además, hoy será día de gran fiesta. Se inaugura la fábrica y como ahora vivimos de la caridad de los buenos corazones, es seguro que aquí recogeremos buenas limosnas... Pero, ¿no ves á nadie, hija mía?

MARTA A nadie, abuelita, ¿quieres que entre á los talleres á ver si encuentro á algunos de tus amigos?

VER. (Vivamente.) No, no te separes de mí. Me parecería que no ibas á volver á mi lado. Me asusta la idea de quedarme sola. (Marta avanzando un poco hacia el foro, mira hacia la derecha.) ¿No oyes? ¿Dónde estás?

MARTA Voy, abuelita, voy; no tengas miedo. (Avanza y sigue mirando. De repente.) ¡Ah! (Llamando con alegría.) ¡Señor Savanne! ¡Señor Savanne!

VER. (Extendiendo los brazos como buscando á Marta.) ¡Marta! ¿Quién es? ¿Don Enrique?

MARTA (Corriendo al lado de Verónica.) Ya me ha visto; ya viene... Es el señor juez, abuelita.

VER. ¡Don Daniel!

ESCENA VI

DICHAS y DANIEL

DAN. (Saliendo.) ¡Marta! (Abrazándola.) ¡Verónica! ¿Ustedes aquí? ¿Qué significa esto? (Por el organillo.)

MARTA Nos lo ha regalado Magloire. Es su organillo. Con él empezamos á ganarnos la vida.

DAN. (Aparte.) ¡Desdichadas!

VER. Ya ve usted lo triste que es nuestra situación. ¿Quién iba á decirnos hace poco, que teniendo una fortunita segura, nos veríamos implorando la caridad por calles y plazas?

DAN. ¡Oh! Es preciso que no sea así. Usted está delicada para sobrellevar esa vida; á Marta tampoco le conviene.

VER. ¿Y qué hacer, señor juez?

DAN. Entregarme ese recibo. Yo me encargaré de presentarlo á la señora condesa. Si ella no es responsable de la cantidad que recibió su cuñado, tampoco tiene usted la culpa de haberse quedado en la miseria. En resumen; la condesa tiene capital, y si no, toda la suma puede darle la mitad, algo en fin, que la libre á usted de esta vida penosa que comienza.

VER. Agradezco á usted sus ideas; pero yo no puedo admitir, que no habiendo heredado nada de don Ricardo, se les pida el pago de aquel depósito. Si el padre de Marta no hubiera muerto, él era quien únicamente nos podría haber salvado, poniéndole en antecedentes de lo ocurrido.

DAN. Pero si el padre no vive, vivirá su familia que tal vez ocupe buena posición, que le habrá heredado seguramente.

VER. Su familia ignora el secreto y yo prometí guardarle, mientras me fuera posible.

DAN. Quizá al morir, les confesara su falta cometida.

VER. No le fué posible.

DAN. ¿Por qué?

VER. Murió en lejanas tierras; mejor dicho, en alta mar. (Quedan conversando en voz baja.)

ESCENA VII

DICHOS, ROBERTO, CLAUDIO GRIVOT y ENRIQUE. Vienen conversando. Su salida es por los talleres

ENR. (Á Roberto.) Pues sí, amigo mío. Es notable la actividad con que se ha procedido á reedificarlo todo.

ROB. El esfuerzo era necesario. Especialmente para que los obreros volvieran pronto á su trabajo.

ENR. (Llegando con Roberto y Grivot y viendo á Verónica.) ¡Ah! qué agradable sorpresa, mamá Verónica.

VER. ¿Es usted, don Enrique?

MARTA ¡Y don Roberto, abuelita!

VER. ¡Cuánto daría por ver á ustedes!

ENR. Pues para ello no hay sino animarse. Ya sabe usted que para la operación dispone de la finca, de mi maestro y de mí.

VER. Es demasiada bondad... Pero no me atrevo.

ROB. Es usted muy miedosa.

VER. Por mi querida Marta. ¿Qué sería de ella si yo muriese?

MARTA Por Dios, no digas eso.

VER. Quiero vivir. Vivir mucho. Nunca tuve más afán. Cuando yo sepa que no te hago falta, hija mía, ya no tendré objeto en el mundo. ¡Hágase entonces la voluntad del Señor!

ROB. Vamos, Verónica... No nos emocione usted. Y puesto que tuvo la atención de venir á

visitarnos, ahí va una moneda de oro, en agradecimiento al recuerdo. (Dándosela á Marta.)

MARTA Muchas gracias, don Roberto.

DAN. (Á Enrique.) (Tiene el corazón de su hermano. ¡Qué gran familia ésta!) (Ruido de voces fuera.)

ROB. ¿Qué ocurrirá? (Va á dirigirse á la puerta, y en este momento entran Magloire seguido de Vide-Gausset, Carlos, Simón y varios obreros.)

ESCENA VIII

DICHOS, MAGLOIRE, VIDE-GOUSSET, CARLOS, SIMÓN y OBREROS

CARLOS ¡Viva la alegría!

MAG. ¡Mamá Verónica!

VER. ¿Qué pasa, amigos míos?

MAG. (Enseñando un papel.) Mire usted... digo no; oiga usted.

VID. Yo, yo lo digo.

ENR. ¿Pero qué es ello?

VID. El número mil novecientos cinco.

CARLOS Premiado con los diez mil francos.

MARTA ¿Es de veras?

MAG. Ya hay dote para mi niña. (Abrazándola.)

ENR. ¡Bravo por Vide-Gousset!

ROB. (Á Grivot) (Poco durará su felicidad.)

CARLOS Música. ¡Venga música! (Empieza á tocar el organillo.)

VER. (¿Le pediste el medallón al señor Savanne?)

MAG. (Mañana me lo dará y podrá usted ir á consultar á la sonámbula.)

ESCENA IX

DICHOS, FELIPE, CONDESA y CONVIDADOS por los talleres

COND. ¿Pero qué ocurre? (Carlos deja de tocar.)

FEL. ¿Qué es esto?

VER. Señores, son mis pobres amigos que vienen

á molestar con sus demostraciones de júbilo.

DAN. Es el honrado pueblo que se divierte. Respetémosle. ¡Harto sufre y padece! Propongo, pues, que nos identifiquemos ahora con él y tomemos parte en su alegría. Siga, pues, la música. ¡Vivan los obreros!

TODOS ¡Vivan! (Marta toca en seguida el organillo. Los obreros arrojan al aire sus gorras. Mucha animación. Telón.)

FIN DEL ACTO QUINTO

ACTO SEXTO

Decoración partida.—La de la derecha, bastante menor que la de la izquierda, representa un gabinete.—La de la izquierda es la habitación destinada á las sesiones magnéticas del doctor O'Brien. Dos puertas al foro y entre ellas una consola con aparatos de física. En primer término derecha, puerta; en segundo término, ventana. En segundo término izquierda, puerta dando paso al gabinete. En el centro, un estrado al que se sube por tres escalones; sobre él, alfombra y sillón. A la izquierda, primer término, mesa con utensilios propios de magnetismo. En el muro de separación, colgado frente á la mesa, un batitín ó tambor chinesco con su mazo correspondiente. Una lámpara astral, colgada del centro del techo, alumbra débilmente la estancia. Sobre la mesa lámpara de magnesio. Canapé, sillas, etc. Todos los huecos con cortinas color rojo, y de este color los muebles, así como las paredes. La decoración del gabinete no necesita detalle. Luz blanca en el gabinete. Luz roja en la sala de hipnotismo.

ESCENA PRIMERA

EVA MARIANI sentada en el sillón, colocado sobre el estrado. O'BRIEN, cerca de la mesa donde están los utensilios de hipnotizar.

O'BRIEN ¿Está todo preparado?
EVA Sí, señor.
O'BRIEN ¿Y los tubos de las proyecciones eléctricas?
EVA Sobre la mesa los dejé.
O'BRIEN ¡Ah! Está bien. Rojo... verde... azul... perfectamente. No puedo quejarme de mi suerte...

Cada día aumentan mis parroquianos. El hipnotismo, aplicado á la medicina, me está proporcionando grandes éxitos y una distinguida clientela.

EVA — Sin embargo, no llegará nunca al número de los que vienen en busca de arrancar secretos á la vida, por medio de la adivinación.

O'BRIEN — En efecto. Y eso á tí te lo debo, que eres lista como ninguna; pero es preciso que no te descuides; ayer hiciste una tontería y espero que no la vuelvas á repetir.

EVA — Nadie está libre de una equivocación.

O'BRIEN — Conforme, por eso te reprendo cariñosamente.

ESCENA II

DICHOS y HERMANN

HERM. — (Entra con una tarjeta en una bandeja.) Una visita, señor doctor.

O'BRIEN — No es aún la hora de consulta.

HERM. — Visita particular.

O'BRIEN — (Coge la tarjeta y lee.) «¡Roberto Verniere!» (Aparte.) (¿Qué podrá ofrecérsele?) (A Hermann.) Hazle pasar. (Vase Hermann.—A Eva.) Déjanos un momento. Ya te llamaré cuando te necesite. (Eva Mariani sale por el foro.)

ESCENA III

O'BRIEN, ROBERTO y HERMANN

HERM. — (Seguido de Roberto.) Pase usted, caballero.

ROB. — ¡Ah!... ¡Querido doctor! (Vase Hermann.)

O'BRIEN — Mi querido señor Verniére.. (Dándose las manos.) Tanto bueno por esta su casa. ¿Cuándo ha llegado usted?

ROB. — Anteayer por la tarde.

O'BRIEN — ¿Acaso se viene á residir á París?

ROB. No, pero muy cerca. A Saint Ouen. ¿Usted ya se enteraría de la muerte de mi hermano?

O'BRIEN (Siempre en tono de como quien está en un secreto.) Sí... ya supe...

ROB. ¡El pobre murió asesinado, la misma noche que ocurrio el incendio!

O'BRIEN ¡Ya!... ¡ya!...

ROB. Y hemos reedificado la fábrica, á cuyo frente figuro unido á mi hijo político el señor de Nayle. Ya tiene usted en pocas palabras el por qué de mi regreso de Alemania, á donde no pienso volver.

O'BRIEN Perfectamente. ¿Y la causa que motiva el gusto de verle?

ROB. Para una consulta que necesito hacer á usted.

O'BRIEN ¿Sobre mi ciencia?

ROB. Así es.

O'BRIEN Estoy á sus órdenes.

ROB. Desearía saber qué hay de verdad en el magnetismo y sonambulismo.

O'BRIEN ¡Caramba! Esa es una pregunta á que no acostumbro contestar con franqueza. Sin embargo, en honor de usted haré una excepción. El magnetismo es la influencia de lo moral sobre lo físico. Influencia de que se valieron eminentes profesores en medicina, para hacer maravillosas curas que van convenciendo á los más incrédulos.

ROB. No, no es con relación á la medicina legal lo que pretendo saber.

O'BRIEN ¡Ah! ¿Entonces es la doble vista, la adivinación?

ROB. Justamente.

O'BRIEN (Aparte.) (¡Qué temerá este hombre!)

ROB. Mi deseo es saber con certeza si una persona en estado sonambúlico, puede decir á otra que la interrogue lo que ésta quiere conocer.

O'BRIEN ¡Ah!

ROB. ¿Puede usted contestarme?

O'BRIEN Desde luego. Si el sujeto es perfectamente lúcido, no cabe la menor duda de que descubrirá en el sueño magnético lo que de otro modo le sería imposible. Pero, á tal fin, es

necesario establecer una relación directa entre aquello que se pretenda averiguar y la persona que sirva de medium.

ROB. ¿Y cómo se establece esa relación?

O'BRIEN Con mucha facilidad; un objeto perteneciente á su hermano de usted, bastaría para que en manos del medium descubriera éste al verdadero asesino de don Ricardo.

ROB. (Aparte.) (¡Ah! ¡Grivot tenía razón!)

O'BRIEN ¿Es esto lo que usted deseaba?

ROB. Señor doctor... Creo que es inútil sigamos disimulando ninguno de los dos.

O'BRIEN (Sonriendo.) Como usted guste.

ROB. Grivot sospechaba que usted conocía nuestro secreto. Sin embargo, el hecho de no habernos usted denunciado...

O'BRIEN Amigo mío, yo no pude presentarme á la justicia para perder á ustedes, porque ustedes podrían perderme á mí descubriendo mi carácter de espía del Gobierno alemán. ¿Qué beneficio obtendría yo con eso? Por el contrario, callándome y esperando á usted, algo más beneficioso podría conseguir. Ahora, pues, le confieso que la noche del incendio no perdí detalle. Cumpliendo órdenes del barón Schultz, vigilaba los alrededores de la fábrica, y al verle á usted huir precipidamente y luego lo que ocurrió, no tuve duda de que usted y Grivot eran los autores de todo. ¡Quinientos mil francos les ha valido á ustedes aquello! Creo que bien merece mi silencio una pequeña recompensa.

ROB. Cuente usted con cincuenta mil francos desde luego y con cien mil si se compromete á seguir favoreciéndome.

O'BRIEN ¿Ve usted como ya nos vamos entiendo? Ya lo sabía yo.

ROB. Y Grivot se lo figuró del mismo modo. El me ha aconsejado que diera este paso, que por lo visto va á coronarse de éxito.

O'BRIEN Por lo menos yo me felicito de lo pronto que empezamos á ponernos de acuerdo.

ROB. Pues bien, amigo mío. La portera de la fábrica está empeñadísima en descubrir al

asesino, y á este efecto vendrá á visitar á usted trayendo el medallón que dejé en sus manos para que la sonámbula descubra el secreto y descifre el misterio.

O'BRIEN Corriente. Y si usted temía de mí, ya no debe temer nada. La sonámbula no dirá ni una palabra que pueda comprometerle.

ROB. Estoy conforme; pero, ¿y si en su verdadera manía de conseguir resultado más favorable á sus deseos acude Verónica á otro compañero de usted?

O'BRIEN ¡Oh! (Sonriendo.) Puede usted tranquilizarse. En primer lugar, la justicia no hace caso de sonámbulas y además, no hay ninguna que diga verdad ni que adivine nada.

BOB. ¿Luego es mentira esa ciencia?

O'BRIEN No, señor. La ciencia es verdad. Lo dificilísimo es disponer de un sujeto extralúcido. En mi larga práctica sólo encontré dos. Hoy en día no hay en París ninguno; son todos como el mío, chicas ó chicos más ó menos listos para representar la comedia.

ROB. ¡Ah!

O'BRIEN No hay, pues, que temer.

ROB. Sin embargo, yo no estaré tranquilo mientras ese medallón no vuelva á mis manos.

O'BRIEN ¿Es objeto conocido?

ROB. De mi mujer. Perteneció á su primer marido, el conde de Nayle. Hoy lo traerá la ciega para facilitar los experimentos. Necesito que se vaya sin él.

ESCENA IV

DICHOS y HERMANN

HERM. (Antes de que O'Brien pueda replicar llama á la puerta.) ¿Se puede?

O'BRIEN Adelante.

HERM. (Entrando.) Ha dado la hora de la consulta. ¿Pueden pasar los inscriptos?

O'BRIEN ¿Quién es el número uno?

HERM. Una ciega, acompañada de una niña.

ROB. (Aparte á O'Brien.) Es ella!

O'BRIEN Que espere un momento. Ahora llamaré. (Vase Herman.)

ROB. No olvide usted mi deseo.

O'BRIEN Haré todo lo que pueda, y para que usted mismo juzgue, hágame el favor de pasar á ese gabinete. (Pasa á él Roberto.) (Cien mil francos prometidos. ¡Buen negocio! Merece quedar bien servido.) (Da luz á la lámpara eléctrica; va al fondo y llama.) ¡Mariani! (Echa las cortinas tapando la ventana.)

ESCENA V

ROBERTO en el gabinete; O'BRIEN; MARIANI, vestida de blanco. Luego, HERMANN, VERÓNICA y MARTA

EVA (Entrando.) Ya estoy dispuesta.

O'BRIEN Oyeme. Necesito que cuando entre ahora una ciega, acompañada de una niña, tardes en dormirte más tiempo del que es costumbre. Tengo que pensar lo que voy á hacer.

EVA Corriente. (Sube los escalones y se sienta en el sillón. O'Brien toca el timbre. Aparece Hermann.)

O'BRIEN Que entre el número uno. (Momento de silencio durante el cual O'Brien hará como que prepara lo necesario á sus experimentos. Entra Marta llevando á Verónica de la mano. Hermann las deja en la estancia y cierra la puerta. Marta mira á su alrededor con cierta sorpresa y cierto temor. Vase Hermann.)

O'BRIEN Acércate, hija mía. No tengas miedo. ¿Es ciega la señora que tú acompañas?

VER. Sí, señor, soy ciega.

O'BRIEN Siéntese usted. (Poniendo una silla á su lado.) Siéntate tú, hermosa niña. (Marta hace sentar á su abuela.)

VER. Muchas gracias.

O'BRIEN ¿Es respecto á su ceguera por lo que viene usted á consultarme?

VER. No, señor... Mi objeto es otro. Yo tengo mucha fe en las sonámbulas. Hace años me pronosticaron desgracias que habían de

ocurrirme, incluso la de perder la vista. Por eso ahora vengo muy confiada en que únicamente usted tiene poder para descubrir al infame asesino que mató á mi protector, al miserable que es causa de todas mis actuales desdichas. ¿Puede su ciencia asegurarme que lograré mi deseo?

O'BRIEN (Con énfasis.) Mi poder dentro de la ciencia no tiene límites. Pero la sonámbula dormida é interrogada por mí, no podrá ver á través del misterio, si no establecemos una relación magnética entre ella y el criminal. ¿Puede usted, pues, poner en mis manos un objeto cualquiera que nos sirva al fin indicado?

VER. Sí, señor. Un medallón.

O'BRIEN ¿Cómo está en su poder?

VER. Luchando con el asesino, le arranqué esta alhaja.

O'BRIEN ¿Luego usted le conoce?

VER. ¡Ah! Si tuviera vista quizá le habría ya descubierto.

O'BRIEN ¿Y qué desea usted saber?

VER. Si ha huído al extranjero, el lugar donde se encuentra; si no salió de París, confiado en que yo no puedo descubrirle, la casa y calle donde habite.

O'BRIEN Está bien. ¿Me da usted ese medallón?

VER. (Dándoselo.) Helo aquí.

O'BRIEN (Aparte.) ¡Ah! ¿Cómo haría yo para complacer á Roberto? (Sube los esealones acercándose á Eva Mariani. Marta no pierde movimiento. A Eva Mariani.) ¡Duerme!

EVA (Fingiendo.) El sueño tarda ya.

O'BRIEN (Apoyando la mano sobre la frente de Eva Mariani.) ¡Duerme!

EVA ¡Ah, no sé que me pasa, no puedo!...

O'BRIEN Sin embargo, yo lo mando... (Baja los escalones y cerca de la mesa de la derecha y señalando el cartucho de magnesio.) Fija tu vista en este punto. (Marta también dirige allí sus ojos. O'Brien da un golpe en el platillo de metal que suena con fuerza; al mismo tiempo se inflama el cartucho de magnesio. Eva Mariani, entonces, estira los brazos,

finge una sacudida nerviosa y queda inmóvil, como en estado cataléptico. Marta, con los ojos fijos, sufre también una sacudida nerviosa. O'Brien vuelve al lado de Eva.)

O'BRIEN ¿Estás ya dormida?

EVA Lo estoy.

O'BRIEN ¿Y extralúcida?

EVA Sí.

O'BRIEN ¿Te domina mi voluntad?

EVA La mía no existe.

VER. (Con ansiedad.) Que hable ya... Que hable entonces.

O'BRIEN Pues atraviesa la sombra del misterio, y dime á quién pertenece este medallón...

MARTA (Adelantándose y en estado sonambúlico.) Yo... yo lo diré...

O'BRIEN Cállate, hija mía, no nos distraigas.

MARTA No puedo callarme... quiero decir lo que veo...

ROB. (Escuchando en el gabinete.) ¿Qué significa esto?

MARTA Yo puedo descubrirlo todo...

EVA (Levantándose y aparte al Doctor.) He ahí un verdadero *medium*.

O'BRIEN (Admirado.) ¡Será posible!

EVA Haga usted la prueba.

O'BRIEN ¡Mi fortuna entonces! (A Eva Mariani.) Vete. (Eva Mariani vase por el fondo.)

VER. ¿Pero qué es lo que pasa?

O'BRIEN Un fenómeno de fácil explicación. Esta niña, rodeada de fluido magnético, acaba de sufrir sus efectos y se me demuestra extralúcida. Es un gran descubrimiento, y si usted lo permite, ella misma va á contestar á mis preguntas.

ROB (En el gabinete.) ¡Ella!

VER. ¿Quién dice usted? Marta... ¡Oh, no, no quiero que padezca!

O'BRIEN Le aseguro á usted que no sufre. (A Marta.) ¿Verdad que no sufres?

MARTA ¡No!

O'BRIEN ¿Ve usted? (A Marta.) ¿Quieres obedecerme?

MARTA Sí.

O'BRIEN Lleva tu pensamiento adonde el asesino ejecutó su crimen.

MARTA ¡Ah! La fábrica... Saint Ouen... fuego... abuela...

VER. ¡Hija mía!

O'BRIEN Calle usted, señora. No tema usted nada. (A Marta.) Coordina tus ideas... No las precipites. Domínate.

MARTA ¡Qué horror! ¡Dios mío!

O'BRIEN No quiero que tengas miedo... Obedéceme.

MARTA (Tranquila.) Sí.

O'BRIEN Es preciso que nos digas cómo ocurrió el hecho.

MARTA Ya veo... ya veo. Un hombre con barba entra en el despacho del señor Verniere... Abre la caja... Roba... Prende fuego alrededor... Huye... Lucha con mi abuelita... La mata... No... no es él... la mata otro... El huye por el fondo hacia los talleres... ¡Sí!...

VER. (Aparte.) ¡Virgen Santa!

MARTA Sale por la puerta del jardín... Se va...

O'BRIEN Síguele...

ROB. (En el gabinete.) ¡Pero qué hace este hombre!

MARTA No le veo...

O'BRIEN Tienes que verle.

MARTA ¡Ah!... sí... sigue corriendo á través del campo... cruza el río... Llega á una gran casa... Es la estación.

O'BRIEN ¿Qué hace?

MARTA Sube al tren... Está solo en su coche... Cuenta dinero... Mucho dinero... oro, billetes... ¡Ah! (Señalando al gabinete.) Ahí... ahí está.

ROB. (Aparte.) ¡Oh! (Horrorizado.)

O'BRIEN (Despertándola.) ¡Despierta, despierta!

VER. ¡Hija mía! ¡Marta! (Despertando y buscándola.)

MARTA (Corriendo á sus brazos.) ¡Abuelita! (Se abrazan.) ¿Qué ha pasado? ¿Dónde hemos venido?

VER. Hija de mi alma. ¿Cómo me preguntas así?

O'BRIEN La niña no puede acordarse de nada. Es inútil que la martirice usted interrogándola.

VER. (Con ira.) ¡Ah! ¡Dios quiera que no le ocurra ninguna desgracia! En ese caso yo sabría vengarme. ¡Vámonos ya! ¡Vámonos! ¡No quiero permanecer más tiempo aquí. Tengo miedo... Deme usted el medallón.

O'BRIEN (Aparte.) ¿Y cómo negárselo?

VER. Pronto. Démelo usted. ¿No ha oído que quiero marcharme?

O'BRIEN (Dándoselo.) Tenga usted, señora.

VER. Quede usted con Dios... Vamos, Marta, salgamos pronto de aquí. (Salen.)

ESCENA VI

O'BRIEN y ROBERTO

ROB. (Entrando con precipitación.) ¿Pero las deja usted salir sin haber intentado el modo de quedarse con el medallón?

O'BRIEN Señor Verniere... reflexione usted que no conviene dar lugar á que la policía se fije en mí. Sería exponerse á que pudieran decir á la salida: «El doctor O'Brien acaba de robarnos una joya.»

ROB. Entonces no tendré otro remedio sino vivir siempre intranquilo, pensando que el medallón en poder de la justicia, pueda algún día perderme.

O'BRIEN ¿En poder de la justicia dice usted?

ROB. Naturalmente. El juez señor Savanne es quien guarda la alhaja y el que la ha prestado á Verónica, accediendo á sus ruegos.

O'BRIEN Pues amigo mío, es usted poco perspicaz. ¿No es usted amigo de confianza del señor juez?

ROB. En efecto

O'BRIEN ¿Pues entonces, qué le preocupa? ¿Tiene usted más que ir á su casa, enterarse del sitio en que guarda el medallón y apoderarse de él? De usted no va á sospechar seguramente.

ROB. Pues es verdad. No olvidaré su consejo.

O'BRIEN Y de todos modos, nada debe usted temer. Yo le aseguro que no ha de tardar en verse libre de Verónica.

ROB. ¿De veras?

O'BRIEN En ello estoy ahora tan interesado como usted. Necesito apoderarme de esa niña, y para conseguirlo tengo una idea...

ROB. Pues cuente usted con los cien mil francos, si al realizarla, desaparece la ciega.

O'BRIEN (Aparte.) Cien mil francos y la niña, el medium más lúcido que he conocido. ¡Vaya un negocio!

ROB. Yo me ofrezco á ayudar á usted para encontrar ocasión favorable á nuestros deseos.

O'BRIEN Convenido.

ROB. El porvenir es nuestro. A usted le sonríe la fortuna.

O'BRIEN Y á usted la tranquilidad. Adiós, pues, señor Verniere.

ROB. Hasta mañana, amigo mío, hasta mañana. (Vase.)

FIN DEL ACTO SEXTO

ACTO SÉPTIMO

CUADRO NOVENO

Telón corto. Puerta al foro con cortina. Una puerta á la derecha y otra á la izquierda

ESCENA PRIMERA

VERÓNICA sentada en una silla. ENRIQUE y MARTA

ENR. (Abrazando á Marta.) ¡Hermana mía!

VER. Sí, don Enrique, su hermana. He guardado el secreto, como prometí, cuanto me ha sido posible, pero mañana van ustedes á operarme... Tal vez pueda morir. .

ENR. ¡Vaya, no hay que pensar en ello!...

VER. ¡Dios quiera que se realicen sus deseos!

MARTA ¡Ya verás, abuelita, cómo tiene razón don Enrique!

ENR. Dí mi hermano, hija mía.

MARTA Sí, mi hermano. (Abrazándole.)

VER. Perdóneme que insista en mi idea. Pero ahora, ya moriré tranquila, si usted me promete que Marta no se separará nunca de su lado.

ENR. No hace falta esa promesa; pero desde luego yo la juro, que lo mismo mi tío que yo, velaremos por ella. Si ha perdido una fortuna,

en nuestros brazos hallará más de lo que la arrebató el asesino de nuestro pobre amigo.

VER. Gracias, don Enrique.

ENR. A olvidar, pues, ideas tristes. Y en cambio, anímese usted pensando que dentro de quince ó veinte días, podrá—al recuperar la vista,—hallarse tal vez frente á frente del hombre que causó toda su desgracia.

VER. ¡Ah! ¡Si Dios permitiera ese acto de justicia! (Ruido y voces fuera.) ¿Qué ruido es ese?

MARTA (Corriendo á la puerta.) ¡Es Magloire, abuelita! Magloire con la María y sus amigos, que vienen á visitarte.

ENR. Entonces yo voy á ver si han venido nuestros invitados. ¡Ya sabe usted que esta noche tenemos fiesta. Hasta luego. (Abraza á Marta y vase.)

ESCENA II

VERÓNICA, MARTA, MARÍA, MAGLOIRE, VIDE-GOUSSET y CARLOS

MAG. ¡Mamá Verónica!

CARLOS Salud.

VER. ¡Hijos míos! (Alargándoles la mano.) ¡Mi buena María! (Abrazándola. Abrazan á Marta.) ¡Ay, cómo hueles á vino! (A Vide-Gousset.)

CARLOS Es un extraordinario. Ya sabe usted que el chico no lo prueba.

MARÍA Hoy le está permitido.

VID. Muy bien dicho. Hay que celebrarlo.

CARLOS Es natural. Por algo venimos de la Vicaría.

VER. ¡Cuánto me alegro! Te la mereces, Magloire. (Eso dice teniendo cogida á María.) Debes estar muy contento.

MAG. Mucho; pero no por eso nos olvidamos ninguno de usted.

VER. Ya lo veo. Sois todos muy buenos para conmigo, incluso el señor Savanne.

MAG. ¡Ah! Don Enrique sobre todo.

VER. Y don Gabriel.

MAG. Pero don Gabriel lo hace todo por su sobrino. De manera que á éste hay que agradecerle, primero que á nadie, los cuidados que la guardan en esta magnífica quinta. Ya lo decía él: «Aquí, con estos aires puros, al lado del Sena, en un mes se ha puesto usted fuerte y en disposición de resistir, no una, sino dos operaciones seguidas.

VER. No tanto, Magloire.

MARÍA El día que usted pueda venir sola á casa, vamos á hacer una gran fiesta.

CARLOS Con baile y buen vino.

MAG. Eso es. Dos botellas por barba. ¿Verdad, Vide-Gousset?

VID. Pide cuatro, hombre. (Risas.)

MAG. Vaya, muchachos, ya hemos tenido el gusto de ver á mamá Verónica. Se hace tarde, y á María no le gusta embarcarse ni cruzar de noche el río.

VID. Pues vámonos entonces. Os dejaremos al otro lado de la ribera, y luego regresaremos tú (A Carlos.) y yo, al punto de partida, junto al puente.

VER. Dime, Marta, ¿no te parece que acompañemos á nuestros amigos hasta la puerta del jardín?

MARTA Lo que tú quieras, abuelita.

VER. Pues vamos, hija mía.

MAG. (A Marta.) Déjame tu puesto. Yo seré ahora el lazarillo. (Salen Verónica y Magloire primero. Detrás María abrazada á Marta, y después Carlos y Vide-Gousset.)

ESCENA III

ROBERTO y O'BRIEN

O'BRIEN ¿Tienes la certeza de que nadie nos ha podido ver?

ROB. Nadie. Pero no perdamos tiempo. He aquí la habitación de la ciega. Conozco bien esta quinta. Yo te dejaré en lugar seguro hasta que sea de noche. Y no te extrañe si oyes

algún ruido. El juez nos ha convidado á unos cuantos amigos y es fácil, que aunque este pabellón se halla distante del hotel, llegue hasta aquí el barullo de la fiesta.

O'BRIEN Te confieso que tengo viva impaciencia por realizar mis deseos. El tiempo iba pasando y era desesperante no encontrar ocasión para hacer las cosas bien. Si esto dura más, tal vez hubiera jugado el todo por el todo haciendo una locura.

ROB. Pues ya no tendrás que esperar mucho tiempo.

O'BRIEN Todo el que falte para servirte y apoderarme de esa niña, me parece una eternidad.

ROB. No vayas á precipitar los hechos y nos comprometamos gravemente á última hora.

O'BRIEN ¿Tienes en mí tan poca confianza?

ROB. Te demuestra que no, el hecho de solicitar tu ayuda.

O'BRIEN Pues empieza entonces á saborear el triunfo.

ROB. Sígueme. No es conveniente permanecer aquí. (Vanse izquierda.)

ESCENA IV

VERÓNICA y MARTA. Luego O'BRIEN. Luego MARTA

VER. ¡Qué hermoso consuelo es, hija mía, en medio de nuestra desgracia, el verse queridos como nosotras lo somos!

MARTA Todos los que nos rodean son muy buenos y muy honrados.

VER. En efecto. ¿Qué podemos desear más? ¿Y cómo, por mucho que vivamos, pagaremos á nuestros bienhechores tanta bondad? Sé siempre así, hija mía, mi querida Marta. Si yo te faltara antes de ser tú una mujercita, sigue como hasta ahora, juiciosa y buena. * Y cuando seas ya mujer, pórtate como * cuando niña. Cuida de que todos elogien * tus virtudes; ellas pueden ser tu único pa- * trimonio. Los que nacimos en la pobreza

* y en el trabajo confiamos nuestro bienes-
* tar, debemos tener valor para sufrir con
* resignación nuestra suerte y no pretender
* por medios ilícitos, cambiarla por ningu-
* na otra, que al obtenerla, nos llene de ver-
* güenza y oprobio.* Acuérdate, hija mía, de lo que al morir te recomendó tu querida madre.

MARTA (Abrazándola.) Me vas á hacer llorar, abuelita. ¡Qué empeño tienes en pensar tristezas! ¡Y á mí, en cambio, sólo me domina la idea de que dentro de poco seremos completamente felices. ¡Mi querida abuelita verá otra vez mi cara, las casas, los árboles, todo, todo!... ¡Qué alegría!

VER. (Abrazándola.) ¡Hija de mi corazón!

MARTA Mira, yo creo que debías ya acostarte... No olvides lo que mi hermano te tiene encargado... ¡Si ya no se ve!... Voy á encender la luz y á prepararlo todo, ¿quieres?

VER. Lo que tu digas. Pruebas he dado de ser obediente.

MARTA (Besándola.) Así debe ser, señora abuelita. No tardo ni dos minutos. (Vase por la izquierda.)

O'BRIEN (Por la izquierda asomando la cabeza.) Estoy intranquilo. (Fijándose en Verónica.) ¡Ah!... Está sola. (Sacando una mano armada de un puñal.) Si yo me decidiera ahora... Pero no, no hay que hacer locuras... Es mejor tener un poco más de paciencia. Mi primera idea es la que dará mejor resultado. ¡Esa niña es un medium que vale una fortuna! (Desaparece.)

MARTA Vamos, abuelita... Ya está...

VER. (Levantándose de la silla en que está sentada.) Vamos, pues... (Vanse despacio.)

O'BRIEN (Con alegría.) ¡Ah! Veo que Roberto no me engañó. Su amistad con Savanne le ha permitido enterarse perfectamente de todo lo que nos convenía. Ya van á acostarse .. Ahora sólo es preciso esperar á que se duerman... (Silencio. O'Brien sale y va á la puerta.) Nada se ve... Puedo decir que soy el dueño de la situación. (Hablando así se acerca á la puerta derecha y mira.) ¡Ah! Marta vuelve... Huyamos.

ESCENA V

MARTA, O'BRIEN oculto tras la cortina

MARTA Ya la he dejado acostada. ¡Pobre abuelita! La verdad es que yo hago todo lo posible por animarla, pero no por eso dejo de tener, si cabe, más miedo aun que ella. ¡Si muriese en la operación! ¡Oh, Dios mío! ¡Qué horror!... Eso no será posible... ¿Verdad que no, Virgen Santa! (Arrodillándose.) Vos no podeis dejar de oir mis ruegos y privarme de su cariño... Guardad su vida... Tened piedad de las dos... Yo no tendría fuerzas para sobrevivirla... ¡Es tan buena!... ¡Quién podría quererme tanto!... Interceded, pues, Virgen del Carmen, por su preciada existencia... (O'Brien sale cautelosamente, procurando no ser visto de Marta, hasta colocarse detrás de ella, y haciendo algunos pases magnéticos. Marta en éxtasis mirando al cielo.) Yo, en cambio de esta gracia os prometo llevar toda mi vida el humilde hábito... que... (Queda con la mirada fija en estado sonambúlico.)

O'BRIEN (Mirándola á los ojos con fijeza y sonriendo con aire de triunfo.) ¡Mía ya! ¡No he visto cosa más notable! (Á ella.) ¡Levanta! (Marta se levanta.) ¿Te encuentras ya en estado extralúcido?

MARTA En su más alto grado.

O'BRIEN Abandona tu voluntad y reemplázala por la mía. ¿Puedo mandarte?

MARTA Sí.

O'BRIEN Pues escúchame. Quiero que vayas en busca de tu abuela y la digas que se levante; que ya es de día, y que vas á llevarla donde don Enrique está esperando para hacerla la operación.

MARTA ¡Oh, no!

O'BRIEN (Mirándola con fijeza é imperativamente.) ¡Lo mando! ¿Has oído?

MARTA (Después de dudar un momento.) Abuelita... Abuelita, ya es de día... Levántate. (Desaparece primera derecha.)

O'BRIEN ¡Admirable! Hará todo lo que yo quiera... No ví nunca cosa igual. Esta chica en mi poder no podrá vivir mucho tiempo, pero sí lo suficiente para hacerme inmensamente rico... (Va á la puerta primera derecha.) La está vistiendo... Protesta... Dice que no puede ser que ya haya pasado la noche... Marta insiste... La convence... Ya la trae de la mano... Llega aquí...

ESCENA VI

DICHO, MARTA y VERÓNICA

MARTA Que sí, abuelita. ¿Por qué iba yo á engañarte?... Anda, que se estará impacientando don Enrique. (Anochece rápidamente.)

O'BRIEN (Aparte á Marta.) (¡Sígueme!)

MARTA (Siguiendo á O'Brien.) Por aquí...

VER. Estás nerviosa... ¿qué te ocurre?

MARTA Nada... no te preocupes de mí. Vamos pronto, vamos.

MUTACION

CUADRO DECIMO

El muelle del Sena al lado del ferrocarril de Champigny. Camino sembrado de árboles; á la derecha el muro de la finca de Savanne, con una puerta postigo. Á la izquierda un alto talud, al que se sube por una rampa que da acceso á un camino, rodeando los muros de las propiedades existentes junto al talud, en el cual hay una grúa de vapor. Más allá de la grúa el macizo del puente que atraviesa de izquierda á derecha el teatro, es decir, el río Sena. Una linterna encendida se halla colocada en los soportes de la grúa, sobre el ferrocarril. Otra linterna á la entrada de la meseta de la grúa. Es de noche. Un tren. Claro de luna.

ESCENA PRIMERA

Al levantarse el telón de la mutación se ven DOS GENDARMES pasar sobre el fondo del puente, desapareciendo de derecha á izquierda.

En seguida se abre el postigo y sale O'BRIEN reconociendo el terreno. Apaga las linternas y queda mirando hacia el sitio por donde salió. Mira al cielo como demostrando su contrariedad por la luz de la luna. Se acerca al postigo y extiende el brazo, echando á andar. Se ve salir en seguida á MARTA, llevando de la mano á VERÓNICA

MARTA Despacito. Cuidado ahora.

VER. ¿Pero dónde estamos, hija mía?

MARTA En el jardín, abuelita; donde te traigo todos los días á tomar el aire y el sol. Pero ahora no podemos detenernos. Vamos á subir á la habitación, donde están esperándote.

VER. Parece que tengo más frío que otros días... Que oigo cerca de mí el murmullo de las aguas.

MARTA Es claro... Si estamos junto á la fuente del estanque... Ya verás cuando te cures, qué grande es... Ya hemos llegado á la escalera, levanta el pie. Cógete á la balaustrada. (Le pone en ella la mano: suben la escalera y llegan á la meseta. La luna alumbra el grupo.)

VER. ¿No hemos llegado todavía?

MARTA Sí, abuelita. Ven por aquí. (O'Brien entonces coge á Veróneca de la mano y la conduce por detrás de la grúa, quedando sola Marta en la meseta.)

VER. ¡Marta! ¿Dónde estás? ¡Marta! (O'Brien la tira al río.) ¡Ah!

MARTA (Al oir el grito, ahoga otro y se estremece. O'Brien, rápido y con un gesto, la domina.)

VOCES (Lejos.) ¡Al agua! ¡Salvarla!

ESCENA II

DICHOS, MAGLOIRE, CARLOS y VIDE-GOUSSET. Apareciendo por la parte derecha del puente. Después ENRIQUE y DOS GENDARMES por la parte izquierda del puente

MAG. ¡Miserable!

O'BRIEN ¡Maldición! (Horrorizado echa á correr.)

CARLOS ¡A ese!

VID. ¡Cobarde!

GENDAR. (Desde el puente por la izquierda á O'Brien.) ¡Alto!

(Hacen fuego en el momento en que O'Brien va á desaparecer. Cae muerto.)

(Aparece por el fondo derecha, tripulada por dos hombres, la barca que figura ha conducido á los obreros, y se ve cómo salvan á Verónica.)

CARLOS ¡Muerto!

VID. ¡Me alegro!

MAG. ¡Este perro ya no muerde! (Telón rápido.)

FIN DEL ACTO SÉPTIMO

ACTO OCTAVO

CUADRO UNDÉCIMO

Decoración: Un salón elegante en casa de Roberto Verniere. Puerta al foro por la que se ve una terraza y al fondo el jardín. A la derecha, primer término, puerta; segundo término ventana. A la izquierda dos puertas.

ESCENA PRIMERA

ROBERTO y GRIVOT. Al levantarse el telón están sentados y fumando tranquilamente

ROB. ¿De modo que persistes en tu idea?

CLAU. Sí, Roberto. Mañana mismo tomo el tren y luego el vapor. Desde la muerte de O'Brien, no duermo con sosiego, ni en ningún sitio me encuentro tranquilo.

ROB. Veo que te has vuelto excesivamente miedoso.

CLAU. Y yo admiro tu tranquilidad.

ROB. Porque no soy tan pesimista como tú; al contrario: me sonríe la fortuna. ¿Pruebas quieres? Siguiendo los consejos de nuestro amigo, el pobre doctor, conseguí apoderarme del medallón que en poder del juez era un peligro. Ya oiste cómo el bueno de Savanne vino á contarme á mí mismo el robo. Y de cómo se ha equivocado en sus sospe-

chas, lo demuestra el haber metido en la cárcel á sus dos criados. ¡Los jueces en este país son acertadísimos! (Riendo.)

CLAU. Conforme en que por este lado nada haya que temer, pero...

ROB. O'Brien no pudo hablar. Y respecto á Verónica, ya sabes que Savanne y Magloire y en fin, todos sus amigos, nos aseguraron que murió. Lo confirma, además, el hecho de que Enrique haya recogido á la pequeña Marta. ¿Dónde iba á estar Verónica si viviera? ¿Y por qué nos lo iban á ocultar? ¿Acaso sospechan de nosotros?

CLAU. ¡Quién sabe!

ROB. ¡Hombre, no seas así!

CLAU. Piensa en que el juez no es un inepto.

ROB. ¡Que pesado eres!

CLAU. Pues bien; te hablaré francamente. Yo temo que, en libertad como estamos, nos tienen ya presos.

ROB. ¡Qué dices! (Tranquilizándose.) Pero, no... ¿Es que tú te has propuesto asustarme?

CLAU. Prevenirte solo.

ROB. ¡Vete al demonio! Has conseguido ponerme en cuidado... Pues bien, me iré contigo. Fingiré un viaje para negocios á Londres, por ejemplo. Allí podremos embarcarnos.

CLAU. Aplaudo tu determinación. Pero si ocurriese algo antes de mañana..

ROB. (Levantándose.) ¡Hombre!... ¿Quieres no martirizarme? Deja, pues, esa cuestión, y vamos á prepararlo todo.

CLAU. No deseo otra cosa. (Vanse.)

ESCENA II

VIDE-GOUSSET y CARLOS, por la ventana

VID. (Dentro.) ¿Hay alguien?

CARLOS Nadie. Dame la mano.

VID. (Subiendo.) Anda, que si nos vieran, tal vez nos querrían llevar á la cárcel antes que á don Roberto.

CARLOS Oye, quítale el *don* desde hoy en adelante.

VID. No hay inconveniente. Mira, ese es el cuarto donde debes esconderte y guardar la salida por ahí.

CARLOS ¿Y tú?

VID. Yo me vuelvo á mi sitio.

CARLOS ¡Qué ganas tengo de que cacemos á nuestro hombre!

VID. Pues de hoy no pasa. Magloire me lo aseguró anoche.

CARLOS ¡Y á nosotros que no nos era simpático el señor juez, porque decíamos que era un torpe!

VID ¡Sí torpe! Cualquiera otro que no sea él, prepara así las cosas y tiene calma para esperar á que Verónica se haya curado, disponiéndolo todo de manera que no haya nadie olido sus trabajos, para llegar hoy y ¡pum!... asunto concluído!

CARLOS ¡De esta hecha nos hacen agentes de policía! ¡Bien lo merecemos!

VID. No lo niego. Pero aunque eso no ocurriera, yo estoy satisfecho con servir á la justicia y vengar á don Ricardo.

CARLOS ¡Naturalmente!

VID. Alguien se acerca. No es cosa de que nos sorprendan á última hora. (Vanse Carlos por la segunda izquierda y Vide-Gousset por la ventana.)

ESCENA III

SEÑORA VERNIERE y DANIEL por la primera izquierda

DAN. Señora, muy dolorosa es mi misión, y yo soy el primero que lamento el caso.

COND. ¡Pero, Dios mío, si esto es horrible! ¿En qué puede usted fundarse para semejante acusación?

DAN. Condesa, hace cerca de un mes que el doctor O'Brien quiso asesinar á Verónica, arrojándola al río.

COND. Pero aquel infame fué ya castigado. Murió á los pocos momentos.

DAN. En efecto, murió; pero la justicia no podía darse por satisfecha con eso, máxime cuando en la agonía pronunció algunas frases dedicadas á un amigo que aseguraba había salvado. Añadió que se llevaba un secreto, y, en fin, para abreviar, yo deduje que el secreto era el crimen de Saint-Ouen, puesto que trató de que desapareciera del mundo de los vivos, la persona que luchó con el asesino y que precisamente al siguiente día iba á ser operada para devolverle la vista.

COND. Pero eso son deducciones sólo; usted mismo lo afirma.

DAN. Aquella misma noche desapareció de mi casa el medallón que yo guardaba en mi despacho. El hecho no admitía duda ya. Era otra prueba que podía comprometer y se me robó. ¿Quién pudo ser?

COND. Sus criados...

DAN. No, señora; ni podía dudar de ellos, porque me consta su honradez, ni están en la cárcel como yo he hecho creer á ustedes, para mientras tanto seguir mis trabajos sin infundir sospechas al verdadero ladrón, que seguramente se habrá burlado de mi torpeza. Pero este ha sido un ardid mío, lo mismo que ocultar á Verónica en casa de la señora Aubin.

COND. Me asusta usted...

DAN. Ahora respóndame usted, señora. En mi casa ya vió quiénes eran aquella noche los invitados. Sólo tres personas merecen mis sospechas; Grivot, Roberto y Felipe.

COND. Señor Savanne: ¡Felipe de Nayle es mi hijo! Creo comprenderá usted lo que quiero decir con esto.

DAN. En ese caso, quedábanme Roberto y Grivot para descubrir en ellos al que así abusó de mi amistad. Y admitido, pues, que el medallón estorbaba, como estorbaba Verónica, Grivot ó Roberto—ó ambos á la par—eran para mí los asesinos cuya pista se perdió bajo la de Fritz Leymann, perseguida sin éxito, puesto que era falsa.

COND. Pero, señor mío, hasta ahora sólo veo suposiciones.

DAN. Pues por eso precisamente no me apresuré á detener á quienes hoy acuso. Su esposo tiene un nombre respetabilísimo y hubiera sido una ligereza mía encarcelarle sin pruebas irrevocables. Pero en cambio se ha ejercido sobre él una perfecta vigilancia por si intentaba escaparse, y hoy en día, después de incesantes investigaciones, tengo la seguridad de que no me he equivocado; de que ya es hora de apoderarme de él.

COND. ¡Ah! ¡Esto es horrible!

DAN. Más horrible fué la tragedia de la fábrica.

COND. Tenga usted piedad de mí, don Daniel.

DAN. Sólo puedo, en atención al pasado, concederla diez minutos de tiempo para conferenciar con su esposo.

COND. (Con energía.) Gracias, señor Savanne: es suficiente. Yo le juro á usted que he de arrancarle su confesión. Ni el apellido de mi hijo, ni el mío, pueden admitir la deshonra de una complicidad, ocultando la infamia de Roberto, si es posible que sea cierta. Pero si hay error, si es una invención malvada ó un cúmulo de desdichados detalles los que sólo sirviéronle á usted para su afirmación, tema usted las consecuencias, señor juez. (Llama al timbre y sale un criado.) El señor Verniere... Que haga el favor de venir al momento. (Vase el criado. Savanne saluda ceremoniosamente á la condesa y le dice antes de retirarse:)

DAN. Ruégole á usted le advierta que no intente huir. Tengo mis precauciones tomadas. Grivot tampoco podrá escaparse. (Vase Savanne.)

ESCENA IV

CONDESA

¡Dios mío!... ¡Dios mío!... No es posible... Un criminal... Yo voy á volverme loca...

¿Qué será de Felipe cuando lo sepa? ¡Valor, hijo de mi alma!.. ¡Valor para tanta vergüenza como nos espera! ¡Ah! ¿Eres tú?

ESCENA V

CONDESA y ROBERTO por la primera derecha

ROB. ¿Qué ocurre?... Estás pálida.

COND. Roberto...

ROB. ¿Qué es ello? Habla... ¿Te sientes enferma?

COND. No, no te preocupes de mí. Es tu nombre, tu honor, el que se halla seriamente amenazado.

ROB. ¿Mi honor?

COND. Sí. Es una villanía, ¡no hay duda! Pero necesito convencerme.

ROB. No comprendo...

COND. Te acusan de una infamia sin nombre.

ROB. ¡Eh!

COND. Es una locura; ya lo sé; pero necesitas defensa: acumular pruebas para destruir la acusación.

ROB. ¡Matilde!

COND. Es una sospecha que espanta... Tú ya sabes que cuando se incendió esta fábrica, dejó el criminal como prueba de su delito un medallón de oro.

ROB. ¡Ah! (Reponiéndose.) ¿Y qué?

COND. (Con ansidad.) Roberto... El juez Savanne, despnés del tiempo transcurrido, pretende que esa alhaja es tuya.

ROB. (Horrorizado.) ¿Mía?

COND. Tuya, sí.

ROB. ¡Eso es indigno! ¿En qué se funda ese miserable impostor?

COND. Me ha dado las señas. Coinciden perfectamente con las del medallón que yo te regalé.

ROB. No es una prueba concluyente. Podrá ser otra alhaja parecida. Que presente el medallón y entonces se comprobará la falsedad de lo que dice. Yo en cambio puedo demos-

trarle que miente. El medallón nunca se separó de mí. Aquí lo tienes. (Enséñalo.)

COND. (Desesperada.) ¡Ah! ¡Infame... miserable! ¡Tú eres el asesino de tu hermano!

ROB. ¡Ah!

COND Tú eres el ladrón de ese objeto, depositado en casa del juez. ¡Maldito, maldito seas!

ROB. ¡Calla! ¡Calla!

COND. ¡Nunca! ¡No me pidas complicidad! ¡Homicida! ¡No te acerques á mí!

ROB. ¡Ah! ¿Pretendes perderme? Pues bien, yo sabré imponerte silencio.

ESCENA ÚLTIMA

DICHOS, VERÓNICA y MARTA. Luego MAGLOIRE, CARLOS. En seguida, DANIEL SAVANNE, ENRIQUE, FELIPE y DOS GENDARMES. Después CLAUDIO GRIVOT y VIDE-GOUSSET

VER. ¿Y á mí? ¿Podrá usted también imponérmelo á mí?

ROB. (Retrocediendo,) ¡La ciega!

VER. No, no soy ya ciega. Dios ha permitido, después de un sin fin de sufrimientos, concederme el premio y devolverme la vista para que yo haya podido decir á la justicia: Ese es el criminal.

ROB. ¡Maldición! ¡Vais á morir! (Saca un revólver.)

MAG. (Saliendo por la segunda derecha seguido de Carlos) No será verdad, mientras nosotros vigilemos. (Le desarman.)

DAN. (Seguido de Enrique, Felipe y Gendarmes.) ¡Daos preso!

COND. (Cogiendo el revólver á Magloire.) ¡Nunca! Su deber es imponerse él mismo la pena, antes que sufrir una nueva deshonra. ¡Roberto, cumple con tu deber! (Le da el revólver. Roberto vacila un momento y luego, rápidamente, lo toma.)

ROB. Es cierto. Estoy perdido. Perdonadme todos. (Se mata.)

TDOOS ¡Ah!

CLAU. (Saliendo.) ¡Muerto! (Va á huir por la ventana.)

MARTA ¡Que Dios le perdone, abuelita! (Arrodillándose ante Roberto.)

VID. (Asomando por la ventana y apuntando con un revólver á Grivot.) ¡Eh, amigo! Tú te quedas con nosotros. (Los gendarmes atan codo con codo á Grivot —Cuadro.—Telón.)

FIN DEL DRAMA

NOTA. Por la importancia que el lector pudiera darle, no huelga deshacer un pequeño error. Léase el Marne en vez del Sena en los pasajes en que es nombrado este río.

Obras del mismo autor

Delirio.—Monólogo en verso, original.

Tempestad y calma.—Juguete cómico en un acto y en prosa.

Los primos.—Comedia en un acto y en prosa (1).

¡Siempre el dinero!...—Juguete cómico en un acto y en prosa (2).

---

(1) En colaboración con D. Tomás Camacho.

(2) Idem con D. Juan Salas Pont.

Los ejemplares de esta obra se hallan de venta únicamente en el Despacho Central, Arenal, 20.

Precio: DOS pesetas